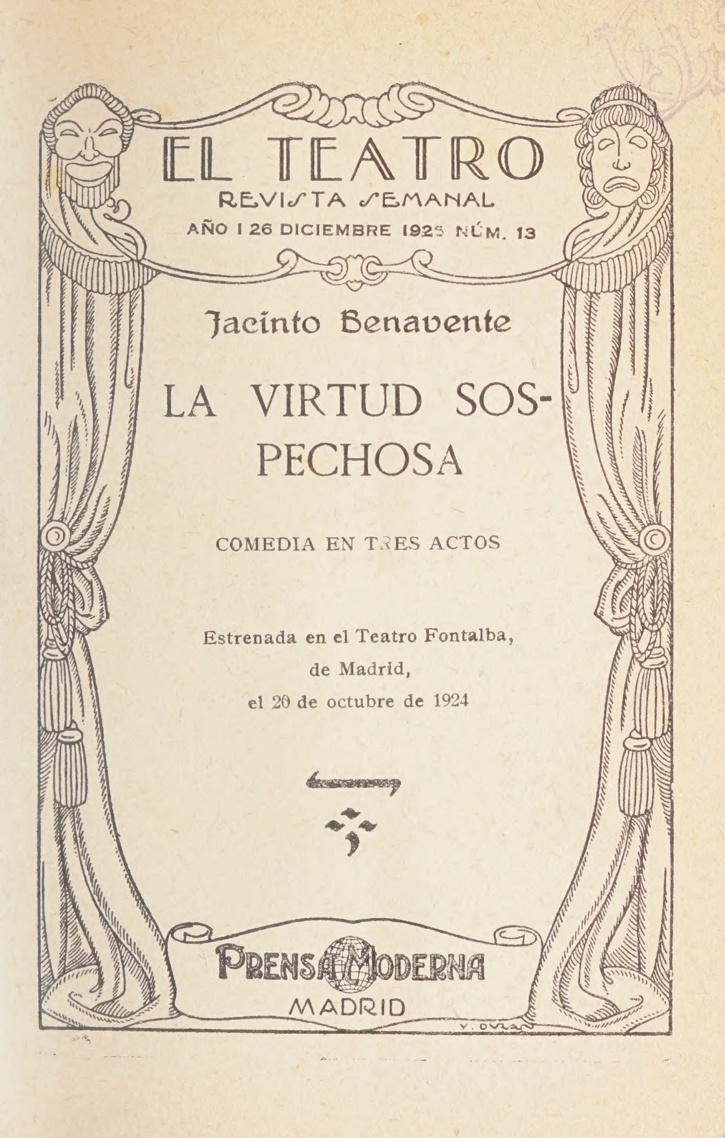
EL TEATRO



La virtud sospechosa

por JACINTO BENAVENTE

NUMERO EXTRAORDINARIO
UNA PESETA



EL TEATRO
REVISTA SEMANAL
AÑO I 26 DICIEMBRE 1925 NÚM. 13

Jacinto Benavente

LA VIRTUD SOSPECHOSA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Fontalba,
de Madrid,
el 20 de octubre de 1924

PRENSA MODERNA
MADRID



IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE, 21. - MADRID



MARIA GAMEZ

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Emilia, Marquesa de las Torres del Duero..........	SRA. GÁMEZ (MARÍA).
Rosaura. hija del conde de Santa Clara...........	SRTA. TAPIAS (JOSEFINA).
Felisa, Marquesa de San Macario..................	SRTA. JIMÉNEZ (BLANCA).
Elena, hija de Emilia......	SRA. CASTAÑEDA (CONCHA).
Estefanía................	SRA. PÉREZ (PILAR).
D.ª Jacobita..............	SRA. ILLESCAS (EUGENIA)
Palmita..................	SRTA. CARUANA (ANITA).
Monsita.................	SRTA. OLMO (ROSARIO DEL).
El Marqués de las Torres del Duero................	SR. VEDIA (EVARISTO).
Eduardo.................	SR. PEÑA (LUIS).
Manolo Vélez............	SR. ROMEA (ALBERTO).
El doctor Jaime Salcedo.....	SR. VALENTÍN (EMILIO).
El Conde de Santa Clara....	SR. G. BARRAJÓN (CEFERINO)
Gildo, Marqués de San Macario	SR. ALÁIZ (ALFREDO).
Miguel Santello...........	SR. RODRÍGUEZ (NICOLÁS).
Fernando Montes..........	SR. ORDUÑA (JUAN DE).
Criado.................	SR. PACHECO (MANUEL).



ACTO PRIMERO

Hall en una villa de una ciudad del Norte de España.

ESCENA I

JAIME, EDUARDO y VÉLEZ. Entra ROSAURA. (Es de noche.)

ROSAURA

¿Qué es esto? Yo que pensaba encontrar aquí a todo el mundo. ¡Qué dispersión! ¿Cómo han conseguido ustedes quedarse solos? ¡Felices ustedes! ¡Ya! Han hablado ustedes de cosas serias... *(A Eduardo.)* Tú habrás hablado de la guerra. *(A Jaime.)* Usted, Doctor, de algún nuevo adelanto de la cirugía. *(A Vélez.)* Tú..., no sé de qué hayas podido tú hablar en serio...

VÉLEZ

¡Ahí tienes! Pues yo he sido el dispersador... Figúrate que teníamos aquí, casi nada..., en primer lugar a tu padre, al que debes respetar... como debe respetarse a un padre.

ROSAURA

Sí, no me digas, mi padre, que cuando no duerme y ronca, no sabe hablar más que de sus antigüedades, y le da a cualquiera un latazo de padre y muy señor mío.

VÉLEZ

Así me gusta..., que hables de tu padre con el respeto debido..., y tengo que seguir hablando mal de la familia..., pero no hay más remedio. Después de tu padre entra vuestra tía doña Jacobita...

EDUARDO

No hable usted mal de la pobre tía. ¡Es tan buena!

VÉLEZ

Respetemos a vuestra tía. Pero en seguida entra vuestro cuñado *(por Eduardo)* y primo político *(por Rosaura)*, respectivamente..., que... también es de respeto...

EDUARDO

¡Pobre Gildo! ¡Es un infeliz!

VÉLEZ

¿Tampoco me permitís decir nada de Gildo? Está bien: basta con enunciarle.

ROSAURA

De la familia no nos vas a decir nada nuevo. No nos interesa.

VÉLEZ

Pues de los que no son de la familia..., Fernando Montes y su hermana Estefanía...

ROSAURA

¡Lagarto, lagarto! A ésos ni se los nombra...

EDUARDO

No habría que nombrarlos si se empezase por no recibirlos.

ROSAURA

De acuerdo, querido primo...

EDUARDO

Y no sé cómo mi padre tolera su presencia en esta casa, sabiendo todo el mundo que ese hombre...

VÉLEZ

Abstente de juicios temerarios. No volvamos a las andadas. Acabas de hacer las paces con tu padre, con la nueva familia... Su segunda esposa y la hija de ésta, que no tiene culpa de nada...; digo las paces, como se hacen ahora las paces, arma al brazo; pero en fin, estáis por lo menos en una especie de Conferencia de las Naciones. No vayamos a deslucirla.

EDUARDO

¿Pero usted cree, aunque ahora esté aquí por no extremar una situación violenta con mi padre, que yo puedo transigir nunca con esa... señora?

VÉLEZ

Esa señora..., y celebro tu diplomacia al nombrarla así, es hoy la esposa de tu padre... Y aunque sólo fuera por eso, debes respetarla... Ya sabes que yo uso el verbo respetar en su acepción tauromaca. Ganado de respeto, toro de respeto, quiero decir al que no debe uno acercarse nunca, o lo menos posible...

ROSAURA

Y si mi primo conociera las intenciones de su madrastra...

EDUARDO

¿En contra mía...?

ROSAURA

No digamos en contra. No pueden ser más diplomáticas ni más pacifistas. Conseguir que del modo más natural del mundo dejes de llamarla madrastra para llamarla mamá política.

EDUARDO

Por medio de...

ROSAURA

De su hija, la interesante Elena, la que, según noticias, durante tu convalecencia en Melilla, te ha escrito unas cartas como para una Antología epistolar... Seguramente la madre mandaba desde allí los borradores...

EDUARDO

No, cartas no...; una sola, muy discreta por cierto.

VÉLEZ

Es que, aparte disgustos de familia y la prevención con que vosotros podáis mirarla, por ser hija de esa señora que se os ha metido de rondón en la familia, Elena es una buena muchacha..., no parece hija de su ma-

dre. Y de esto no puede haber duda. Si la falta de parecido fuera por el lado paterno, habría amplio margen para las suposiciones.

ROSAURA

El Doctor no sabe qué cara poner al oírnos.

JAIME

¿Yo...? No, señorita; oigo que hablan ustedes de su familia.

ROSAURA

Como para no dar ganas de pertenecer a ella...

JAIME

Eso no. Ya sé, porque Eduardo no tiene secretos para mí, el disgusto que ha sido para él, para todos ustedes, en la familia, la boda de su padre... Pero no dirán ustedes que esta señora no hace todo lo posible por congraciarse con ustedes, particularmente con Eduardo... Cuando cayó herido, ella no dudó en acompañarnos al Marqués y a mí a Melilla, soportando las penalidades del viaje, la incomodidad del alojamiento, y mientras la vida de Eduardo estuvo en peligro y después, en la convalecencia, no puede darse más cariñosa solicitud que la suya. Y todo ello sin alharacas aparatosas, sin exhibición..., todo discreto, de buen gusto, en una palabra.

ROSAURA

No, si ella es muy inteligente, y con inteligencia se imita todo, hasta la bondad. Lo contrario de lo que sucede con los tontos, que, hasta cuando son buenos... estropean la bondad con su tontería.

JAIME

Por eso, ya que Eduardo no podía por menos de corresponder a esas atenciones que aceptando el ofrecimiento de venir aquí a reponerse por completo, en este sitio encantador, en donde se reúnen ustedes toda la familia, sería doloroso que resurgieran los disgustos. Todos ustedes deben procurar que el veraneo y la convalecencia de Eduardo transcurran en apacible calma... Un

retroceso sería desagradable... y pudiera ser peligroso. Y nos ha costado mucho llegar a lo que hemos llegado para exponernos a ver malogrado tanto trabajo...

EDUARDO

¿Por qué hablas en plural, si el trabajo y el mérito han sido sólo tuyos, y tuya debe ser también la satisfacción, ya que en tu inteligencia y en tus manos pusieron Dios y mi madre desde el cielo... la salvación de mi vida?

ROSAURA

Por Dios, Eduardo; nada de melodrama... Que a Manolo le asoman dos lagrimitas, que datan, como se dice ahora, dignas del Museo Romántico.

VÉLEZ

No me avergüenzo de ellas, como tú, que también te habrás emocionado...; pero como ahora es de mal tono emocionarse por nada...

ROSAURA

A todo esto no me has acabado de explicar cómo te las has compuesto para la dispersión.

VÉLEZ

Muy sencillo, te recomiendo el procedimiento. Así como para sostener el interés en una reunión no hay como hablar mal de alguien, para dispersar una reunión molesta no hay como prodigar alabanzas, elogios y admiraciones. Eso es lo que acababa yo de hacer cuando llegaste; por eso nos has encontrado solos. A tu padre, que, con todos mis respetos, estaba muy pesado con sus antigüedades, le ponderé hasta la exageración las de Villapardo y las de Alminares y la colección de miniaturas de Castrojeriz...; total, que me dejó con la palabra en la boca, medio congestionado... A Fernando Montes le hablé de estas últimas estafas de cajeros y apoderados, personas distinguidísimas...; le ponderé la habilidad de que habían dado pruebas sus autores...; él, sin duda, se sintió ofendido en su amor propio, y también desfiló incontinenti. A su hermana Estefanía le encomié la distinción, el talen-

to y las virtudes de tres o cuatro amigas suyas...; ésa por poco me insulta... A Palmita y Monsita Ramírez de Ramos les dije que tú eras la muchacha más distinguida de Madrid, y como te quieren tanto..., pues lo mismo, mutis acelerado... A tu primo el marqués de San Macario, el buen Gildo, a ése me bastó con hablarle bien del Directorio...; y ya hecho el despejo..., bueno, hecho el despejo, lo natural era que hubiera aparecido por cualquiera de esas puertas Leopoldo Castrojeriz.

EDUARDO

Por Dios, amigo Vélez...

VÉLEZ

Ello es que nos quedamos los tres solitos, y ya a nuestras anchas, pudimos hablar de cosas serias..., por las que es de mal gusto interesarse en sociedad... Eduardo nos habló de Marruecos... El infeliz, que acaba de verter su sangre en aquellas tierras..., tiene la cursilería de creer... que para España es punto de honra corresponder allí a su historia, a esa historia que nos dice, ¡habrá embustera!, cómo supo España en otros tiempos, entre sublimes ideales y bajas codicias, con gloriosos capitanes y pícaros aventureros, mirando unas veces demasiado al cielo y otras demasiado a la tierra..., con todo eso..., llevar nuestro espíritu, nuestra lengua y nuestra sangre a esa América, que hoy vamos dejando que se llame latina, pero que nunca debe dejar de llamarse española. Y sigue el melodrama, y éste es peor, porque es patriótico, que es el colmo de la *cursilada*. Por fortuna, estamos aquí solos: un soldadito español; un hombre de ciencia y de corazón...; tú, chiquilla..., que no sabes tú misma cómo eres..., como tantas muchachas del día, pero a quien yo creo inteligente y educable, si caes en buenas manos..., y yo..., que no sé tampoco lo que soy ni lo que he sido. Quizá un gran botarate, un fantoche de sociedad; pero cuando más pendón me considero, me basta con evocar interiormente dos palabras: España... madre... (y en las dos incluyo a todo el género femenino) para sentirse capaz de todas las grandezas y de todos los heroísmos...

ESCENA II

DICHOS y EMILIA, Marquesa de las Torres del Duero.

EMILIA

Están ustedes así..., con todas las ventanas abiertas de par en par. A estas horas siempre hay mucha humedad, con el mar tan cerca. Para Eduardo no puede ser bueno. ¿No cree usted, Doctor?... *(Ha llamado y salen dos Criados.)* Cierren ustedes las ventanas. *(A Eduardo.)* ¿Cómo te encuentras?

EDUARDO

Como niño mimado. Acostumbrándome mal para cuando vuelva a la vida de campaña.

EMILIA

¿Pero oye usted, Doctor? ¿Verdad que no debe pensar en eso? Pasarás aquí todo el verano... Eso por de contado. Y después en Madrid todo el invierno, con nosotros... Sería una locura exponerte otra vez, ya has cumplido con creces. Bien ganado tienes un descanso indefinido.

EDUARDO

Se aviene mal con mi carácter.

EMILIA

Dí que se aviene mal... con tu nueva familia... Desfavorable prevención que yo respeto y aun aplaudo. Tu padre puede decirte si cuando él más se dolía de lo que él llamaba ingratitud, no era yo la primera en decirle que tu conducta era la más natural en un hijo que siente veneración por la memoria de su madre y juzga como una ofensa a sus sentimientos que otra mujer pueda..., no diré substituirla ni reemplazarla..., ocupar su sitio.

EDUARDO

Yo agradezco esa justa estimación de mis sentimientos.

EMILIA

Yo sólo pido, en cambio, un poco de simpatía para apreciar mis buenos deseos de hacerme perdonar mi

elevación, que para mí, confieso que lo ha sido, pertenecer a vuestra familia.

VÉLEZ

(A Rosaura.) Bien parlado. ¿Hay o no hay genio diplomático?

ROSAURA

A pesar de ello, creo que Eduardo no capitula...

EMILIA

Y ¿has convencido al Doctor de que no puede dejarnos tan pronto como él quiere? Eduardo necesita también de su asistencia, y ni su padre ni yo estaremos tranquilos si no está usted a su lado. Temo que se fastidie usted un poco en esta vida nuestra de sociedad, que a primera vista parece más frívola de lo que es en efecto. Yo me explico esa apariencia que tanto engaña al conocer superficialmente la vida de sociedad, por el tono medio, que es lo que sobresale en ella. Tono buscado justamente para no desentonar unos de otros. El desentono asusta, los desentonos han de ser geniales, y las genialidades en Arte son sublimes; en sociedad son siempre plebeyas...

ROSAURA

(A Vélez.) Habla de nuestra sociedad con un aplomo como si hubiera nacido en ella.

VÉLEZ

¿Qué quieres? Hay quien nace aristócrata y hay quien nace para aristócrata. Todo tiene su mérito.

ROSAURA

No, si yo no participo de la opinión de mi familia. A mí esta mujer me parece admirable, como todo el que llega adonde se propone. Te aseguro que no siento por ella la menor antipatía, al contrario. Sólo deseo una ocasión en que poder demostrarla mi adhesión incondicional...

EMILIA

(A Jaime.) Pero también es presunción la mía, aleccionar a usted. A un espíritu tan observador y tan pers-

picaz como el de usted. ¿Qué podré yo decirle que usted no tenga ya anotado?

JAIME

No lo crea usted. Soy un pésimo observador. Curioso, sí; curioso de todo; optimista por disposición natural de mi espíritu, predispuesto a pensar siempre bien de todo el mundo.

EMILIA

No sabe usted cuánto me tranquiliza esa buena disposición de usted. Así debe ser. De nadie debe juzgarse por las apariencias. Yo creo que el mayor criminal hallaría indulgencia en el juez más severo, si fuera posible, antes de juzgarle, que el juez viviera por unos días la vida del que ha de ser juzgado. Doctor, yo no necesito encarecer a usted la estimación en que le tengo, desde que nos encontramos en días de angustia, compartida, que no olvidaremos nunca. Yo sé que a usted debe Eduardo la vida. Yo debo a usted la mayor satisfacción de mi vida: ver a Eduardo en casa de su padre, que hoy es también mi casa. Yo confío en que usted será buen amigo mío. Bien necesitada estoy de ellos en este ambiente de hostilidad que me rodea y me amenaza... Ayúdeme usted a disiparlo, por lo menos en lo que a Eduardo se refiere. Es usted su mejor amigo. Sobre mí pesa la sombra de un pasado... ¿Cómo le diría yo a usted?... Lo más justo sería decir... trabajoso. Por eso, al llegar hoy a lo que he llegado, cuando muchos, todos quizá, juzgarán que fué por intrigas y malas artes..., yo, en el fondo de mi conciencia, mirando frente a frente todo lo pasado..., sólo sé dar gracias a Dios, que es justo y misericordioso, y si sabe recompensar a los buenos, alguna vez también sabe recompensar a los que, sin ser buenos, no han sido todo lo malos que pudieran ser por todo lo que hallaron siempre a su alrededor en la vida... Y perdone usted que le haya separado de sus amigos... Rosaura, Eduardo, Vélez, acérquense ustedes. Ha terminado nuestro secreteo y estoy muy contenta, porque el Doctor es un confesor admirable...

ROSAURA

¿Absuelve usted siempre? Porque yo también quisiera confesarme con usted.

EDUARDO

Van a ponerte de moda como confesor.

VÉLEZ

Y si en la cura de almas es usted también cirujano eminente, en donde operar no ha de faltarle...

EDUARDO

Y Jaime que opera con tanta seguridad lo más cerca posible del corazón... Así me operó a mí. Nadie creía que pudiera salvarme. Figúrense ustedes...

JAIME

Deja... Ya se lo has explicado muchas veces y lo explicas muy mal. La operación no fué tan difícil ni tan extraordinaria. Hoy esas operaciones las hace cualquiera.

ROSAURA

Pues en esa seguridad, si alguna vez, no quiera Dios, tenemos que recurrir a cualquiera..., como usted dice, acudiremos a usted, considerándole así..., cualquiera... ¿Le parece a usted bien?

ESCENA III

DICHOS, FELISA, el MARQUÉS DE LAS TORRES y GILDO, Marqués de San Macario.

MARQUÉS

Emilia, hay mucha gente que quiere despedirse. Viene un nubladillo y los que viven lejos temen que les sorprenda un aguacero por esos caminos.

GILDO

Nosotros también os dejamos. Hemos traído el auto chico y no tengo confianza ninguna en él... Al venir hemos tenido cinco averías.

EMILIA

Recordarás a Felisa que tiene más cosas en que pensar, que el sábado os esperamos a almorzar...

GILDO

¿El sábado? Felisa..., ¿no tenemos algo para el sábado?...

FELISA

¿El sábado? Imposible. Hemos quedado en ir con Lola y Matilde... creo que a Zarauz, para recoger a Pancho Montilla para ir juntos a Biarritz a almorzar con los de Muñedo, que vendrán de San Juan de Luz con los de Casanueva, que ya han vuelto de Suiza, y se embarcan el veinticuatro para Buenos Aires.

MARQUÉS

¡Qué trajín!

VÉLEZ

Si es que ahora el veraneo es como jugar a las cuatro esquinas. No se está en ninguna parte, se corre de una parte a otra.

EMILIA

Entonces vosotros diréis qué día os esperamos.

FELISA

No sé, no sabemos. Depende de mil combinaciones. Ya vendremos sin avisar cualquier día... Gildo también tiene que ir a Hendaya para una reunión política.

VÉLEZ

¿Pero todavía hay esas cosas?

GILDO

¿Creerá usted que estamos enterrados?

VÉLEZ

No, ya sé que retoñarán ustedes. Los políticos son ustedes como los trajes: los desecha uno por deslucidos; una temporada en el armario, y cuando va uno a ver, como nuevos.

FELISA

(A Rosaura.) ¿No te animas a venir con nosotros? Mañana espero mucha gente. Tendremos un pianista polaco, que todavía no ha tocado en ninguna parte, y da recitales de música ultramoderna muy interesantes. También tengo a un hombre, también muy interesante, un angloindio, que hace experimentos muy curiosos de sugestión y adivinaciones sorprendentes. A ti que te interesa tanto todo eso. ¿No te decides?

ROSAURA

No, no quiero encontrarme en tu casa con Carmelina Santoja, que ahora le ha dado por estar celosa de su marido, y porque el otro día nos fuimos solas con él, en uno de sus balandros, Pilar Castuero y yo, sé que anda diciendo por ahí muchas impertinencias.

FELISA

Ya sabes que está algo neurasténica. Nadie la hace caso.

ROSAURA

Es que ya empieza a ser fastidioso que a todas les ha dado por tener celos de mí. ¿Qué culpa tengo yo de que a los novios y a los maridos les divierta más hablar conmigo? Como yo no los aburro con tonterías... Así es que he decidido ir a los menos sitios posibles. Además, este año me aburro aquí menos que de costumbre.

FELISA

No lo comprendo, porque esto es un opio, como dicen los argentinos. Y esta casa, con la intrusión de la nueva familia... ¿Has visto nada más enigmático que la niña de esta señora?

ROSAURA

¿Elenita? Si te digo que apenas he hablado con ellos dos palabras... La pobre está como acobardada.

FELISA

Aseguran que la mamá tiene proyectos..., como todos los grandes usurpadores pretenden hacer hereditaria la

usurpación. No creo que mi hermano sea tan tonto como mi padre.

ROSAURA

¿Quién sabe?

FELISA

No, por Dios; no pienses siquiera en la posibilidad. Sería demasiado, la madre y la hija, con el aditamento de sus relaciones, que también tenemos que soportar. Ese Montes y su hermana..., que si fuera uno a creer todo lo que se dice de ellos...

ROSAURA

Sí, son de cuidado.

FELISA

Yo no sé cómo mi padre ha podido caer en esta caverna. Con la historia de esta mujer...

ROSAURA

Y un poco de leyenda; seamos justos.

FELISA

No sé por qué me parece que estás muy de su parte. ¿Es que a ti también te ha seducido?

ROSAURA

No; es que si esto había de ocurrir en la familia, doy gracias a Dios de que no haya sido a mi padre a quien se le haya ocurrido...

FELISA

¡Qué graciosa! Como si tú no fueras de la familia. Siempre has de hablar sin juicio.

ROSAURA

Mira, Felisa, en cuestión de juicio, yo sólo creo en el juicio final, el del mundo y el de las personas... Mientras se vive, lo más prudente es abstenerse de juzgarnos unos a otros... Con vernos vivir... basta.

GILDO

¿Nos vamos, hijita? Hay que contar con otras cinco averías para la vuelta. A las dos de la mañana en casa.

EMILIA

¿De modo que no os esperamos el sábado?

FELISA

No, imposible... Ya, ya vendremos. Adiós, Eduardo. ¿Sin acostar todavía un convaleciente? El Doctor es muy tolerante contigo... ¿Cómo le encuentra usted, Doctor...?

JAIME

No puede estar mejor.

FELISA

Un milagro, un verdadero milagro...

GILDO

¿Pasarás aquí todo el verano?

EDUARDO

No sé..., allá veremos...

EMILIA

Todo el verano, y en Madrid el invierno con nosotros. No hay que pensar otra cosa...

GILDO

Adiós, Eduardo; Doctor, tantísimo gusto. *(Salen Emilia, Felisa y los dos Marqueses. Entran por otra puerta Palmita, Monsita y Miguel Santello.)*

ESCENA IV

ROSAURA, PALMITA, MONSITA, VÉLEZ, EDUARDO, JAIME y MIGUEL.

PALMITA

Aquí está Rosaura.

MONSITA

¡Gracias a Dios!

PALMITA

¿Es que huyes de la gente?

ROSAURA

Ya véis que no estoy sola.

PALMITA

Venimos a que dejes a Miguel por embustero.

ROSAURA

¿Pero le creéis capaz de inventar una mentira?

MIGUEL

No quieren creer que ayer al terminar el partido de *tennis*, y al felicitarme por nuestro triunfo...

ROSAURA

¿Te di un beso? Pues es verdad. Claro que en la frente. Por cierto que sonó a hueco...

MIGUEL

¿Lo creéis ahora?

PALMITA

Sí; ya no nos cabe duda.

ROSAURA

¿Pero es que él lo ha dado importancia?, porque yo no le di ninguna... Había jugado maravillosamente, eso sí.

MIGUEL

Era cuestión de honor nacional. Teníamos de contrarios a los Clarckson, que se consideran invencibles, y los dejamos chafados, y eso que Rosaura estuvo al principio..., qué sé yo..., muy displicente.

ROSAURA

No estaba en nervios. Yo sólo juego bien a fuerza de nervios. A la mitad del partido observé un gestecillo impertinente y desdeñoso de los Clarckson.

MIGUEL

Y nunca ha jugado mejor. Yo al verla crecerse de aquella manera, sin modestia, estuve hecho un bárbaro.

ROSAURA

Al terminar, los Clarckson se dignaron decirnos: No creíamos nunca que en España se jugase tan seriamente.

MIGUEL

Y entonces la joven Clarckson me estampó un sonoro beso en la cara..., y el joven Clarckson otro no menos sonoro en la mano de Rosaura...

ROSAURA

Y yo le planté a Miguelito otro no menos sonoro en la frente... Era también cuestión de honor nacional. ¿Es que os habéis escandalizado?

PALMITA

No, eso no; explicado así...

ROSAURA

Naturalmente. Yo no hago nunca nada que no pueda explicarse. ¿Podíais vosotras explicarme lo mismo?...

MONSITA

¿Qué?

PALMITA

¿Nosotras?

ROSAURA

Nada. Las lecciones de natación con el joven Clarckson...

PALMITA

No digas, porque eso sí que puede verlo todo el mundo, y nadie ha tenido que decir nada.

ROSAURA

No, si acaso Neptuno y sus nereidas, porque os dáis cada zambullida.

MIGUEL

Es que aprenden también el salvamento de náufragos.

EDUARDO

(A Jaime.) Presumo lo que piensas al oír a estas muchachas... tan desconcertantes...

JAIME

Eso sí... Desconcertantes... ¡Lástima de juventud!

VÉLEZ

¡Por Dios, señores! ¡No incurran ustedes en esa vulgaridad! ¡Qué juventud ésta! ¡Qué tiempos éstos! Parecen ustedes los viejos. A mí, que lo soy de verdad, me parece encantadora esta juventud y estos tiempos inmejorables. Lo que ahora sucede es que se ha invertido la hipocresía. En mis tiempos se procuraba parecer mejor de lo que se era; ahora se tiene a gala parecer peor de lo que se es. Hipocresía por hipocresía, prefiero ésta.

EDUARDO

Ya sé que hablas así por una coquetería tuya, por no parecerte a esos otros viejos que encuentran detestable todo lo que no es de sus tiempos. Pero, aunque sintieras lo que dices, tú hablas como espectador, que se divierte con el espectáculo; pero si alguna de estas muchachas fuera hija tuya o de tu familia...

VÉLEZ

¿Lo dices por tu prima Rosaura? Ante ella sólo deploro una cosa: no ser joven... como vosotros... Porque tu prima tiene para mí el mayor atractivo que puede tener una mujer..., ser una incógnita...; una incógnita que sólo el amor puede despejar...; a mí me emboba... y a ti también... y al Doctor..., a quien, como ella se lo propusiera, le haría perder la seriedad de hombre de ciencia, le volvería el juicio...; y si no..., Rosaura..., un momento...

JAIME

¿Qué se propone usted?

VÉLEZ

Nada, nada.

ROSAURA

¿Qué quieres?

VÉLEZ

Aquí... *(Señalando a Jaime y Eduardo.)*, como decimos los castizos y algunos senadores, me preguntan qué

opino de la juventud del día..., y como en esa juventud entras tú..., qué opino de ti.

ROSAURA

¿Informes? Cuando es tan fácil enterarse por uno mismo.

JAIME

Pero este Vélez... No haga usted caso, Rosaura. Yo no he preguntado nada. Y de usted no me atrevería nunca a juzgar.

ROSAURA

¿Por miedo a equivocarse?

JAIME

Tal vez...

ROSAURA

No juzgue usted nunca de ligero y estará usted seguro de no equivocarse.

EDUARDO

Contestaré yo por mi amigo, que no se creerá con bastante confianza para decirte lo que piensa... ¿Cómo no ha de juzgarse de ligero a quien de ligero procede y de ligero habla?

ROSAURA

¿No sabes lo que de San Francisco dijo un santo varón que escribió la primera historia del Santo? Entre los pecadores parecía uno de ellos. Yo también, como el santo, sé hablar a cada uno su lenguaje, a riesgo de parecer pecadora entre los pecadores, insubstancial entre los insubstanciales. *(Vuelve con Palmita, Monsita y Miguel.)*

VÉLEZ

¿Qué le decía yo a usted? Ya no sabe usted qué pensar.

JAIME

La verdad... ¿Usted cree que ninguna de estas muchachas puede hacer feliz a un hombre?

EDUARDO

No, yo no lo creo.

VÉLEZ

Si plantean ustedes el problema de ese modo egoísta... Dice usted: ¿Usted cree que una muchacha de éstas puede hacer feliz a un hombre?... Por qué no preguntar: ¿usted cree que un hombre, un verdadero hombre, no es capaz de aducar para esposa que puede hacerle feliz a una de estas muchachas... a quien nadie ha educado? .. *Ecco il problema.*

MIGUEL

¿De modo que para cuándo la revancha a los Clarckson?

ROSAURA

Si te parece nos haremos los locos. ¡Hemos quedado tan bien! ¿Para qué vamos a estropearlo? Pondremos cualquier pretexto... Que se vayan con la ilusión de que en España se juega muy seriamente.

PALMITA

Nosotros jugamos el viernes: una novillada de Tetuán, como dice Polín; malos aficionados.

MIGUEL

No, pues de Monsita no digo, porque juega sin afición; pero tú prometes mucho, prometes.

PALMITA

¿De veras? No sabes qué alegría me das, porque es toda mi ilusión ser algo en el *tennis.*

ESCENA V

DICHOS, ESTEFANÍA, ELENA, DOÑA JACOBITA y MONTES.

ESTEFANÍA

¿No está con ustedes la Marquesa?

ROSAURA

¿Mi tía política o mi prima efectiva? Aunque supongo que usted buscará a la dueña de la casa.

ESTEFANÍA

Sí, ciertamente, a Emilia. A la Marquesa de San Macario, a su prima de usted, apenas si tengo el gusto de conocerla. *(A Elena.)* No es posible hablar con tu madre esta noche.

ELENA

Yo creí que estaría aquí.

ROSAURA

Ha ido a despedir a mis primos y a otra gente... Supongo que vendrá en seguida. *(A doña Jacobita.)* Y mi padre, ¿se ha acostado ya?

DOÑA JACOBITA

Definitivamente, no. Pero duerme en la terraza delante del telescopio; parece que está en éxtasis mirando a la Luna.

VÉLEZ

A ver si se le antoja también esa antigüedad.

ROSAURA

No; con papá no hay peligro de que se le antoje nada. Todas sus aficiones son del más barato platonismo. Gracias a eso no nos hemos arruinado. Pero papá nunca compra una antigüedad; se contenta con visitarlas. Un día dice: Voy a ver la consola Luis XVI a casa de Paco. Paco es algún chamarilero de su confianza. Otro día: Voy a ver las porcelanas de Teodoro..., que yo no sé cómo Paco y Teodoro y los demás soportan a un parroquiano tan improductivo.

VÉLEZ

Da tono a la casa. Sentado tu padre en un sillón Renacimiento decora el sillón y la tienda. Figúrate que llega un extranjero, y el anticuario puede decirle: "También tengo aquí un conde auténtico..." Pero ¿te parece que vayamos a despertarle y de paso toquemos retreta?..., porque esto de venir a reponerse del invierno de Madrid y hacer aquí la misma vida...

ROSAURA

Sí, vamos.

JAIME

Vamos con ustedes. Dice usted bien, ya es hora de retirarse.

EDUARDO

Cuando ustedes quieran... Aunque no tengo ni pizca de sueño.

ROSAURA

¿Te quedas, Jacobita?

DOÑA JACOBITA

Sí, tengo que acompañar a Palmita y Monsita que han venido solas, y aunque su villa está cerca, no es cosa de que vayan solas con Miguelito o cualquier otro muchacho...

ROSAURA

Sí, no las dejes solas... Os advierto que tía Jacobita, como carabina es un modelo; en vez de ir a retaguardia, como todas, como se conserva tan bien y anda tan ligera, va siempre delante. Así no ve nada de lo que pueda ocurrir a su espalda... Hasta mañana todos...

PALMITA

¿Qué haces mañana?

ROSAURA

¿Qué pregunta? Lo mismo que hoy: playa, almuerzo, aburrimiento, terraza del Náutico, te, chismorreo, aburrimiento..., comida, gente aquí o en cualquier otra casa, cuatro vestidos, preguntar cuarenta veces y oír que se lo preguntan a uno: ¿Qué hacen ustedes hoy? ¿Qué haremos mañana? ¿Dónde vais? ¿Dónde nos vemos? Y pobre del que no se deje ver en dos días y no deje dicho adónde ha ido, porque lo menos que harán será complicarle en el último crimen o en algunas niñas desaparecidas...

MONSITA

Esta Rosaura siempre tan ocurrente.

PALMITA

¡Tan original!

ROSAURA

¿Recuerda usted, Doctor, lo de San Francisco? Entre los pecadores, etcétera. Buenas noches a todos, buenas noches. *(Salen Rosaura, Eduardo, Jaime y Vélez.)*

ESCENA VI

ESTEFANÍA, DOÑA JACOBITA, PALMITA, MONSITA, MONTES, MIGUEL y ELENA.

ESTEFANÍA

(A Elena.) Ni se ha dignado mirarnos al despedirse. Ya habrás visto lo que es esta gente. Y lo que es tu nueva primita, esta Rosaura, la muchacha más atrayente, como dicen ahora, de las que figuran en sociedad... Una chiquilla mal educada, que se atreve a todo, porque sabe que todo ha de caer en gracia; la gracia de ser hija única, con los millones que heredó de su madre, los que heredará de su padre, que el mejor día se queda dormido y no se despierta, y los que ha de heredar también de esta doña Jacobita, tía suya, que tiene predilección por ella... ¡Cómo no ha de ser distinguidísima y graciosísima!... No digamos su prima, la de San Macario, que mira a todo el mundo por encima del hombro, como si no supiéramos todos a qué debió su marido ser ministro cuarenta y ocho horas. Y éstas son las que no perdonan nada a los que no somos de los suyos. Entre ellos todo está bien, todo se sabe, todo se comenta, pero nadie pierde nada por eso... En cambio, con los que no somos de los suyos..., implacables...

ELENA

Sí, ya lo veo. Nunca nos perdonarán. No sabiendo ya qué decir, suponen que mi madre pretende que Eduardo, el heredero del título, se case conmigo... Le aseguro a usted que mi madre no me ha dicho nada que indique semejante propósito, ni creo que lo haya pensado... Pero yo..., sólo con pensar que él puede creerlo..., ni me atrevo a dirigirle la palabra, ni a presentarme delante de él.

ESTEFANÍA

Pues si por esos enredos de la gente empezáis por huír el uno del otro, claro está que se quedará sin conocerte y sin saber lo que vales.

ELENA

¿Lo que yo valgo? ¡Qué soy yo para él!

ESTEFANÍA

Ya quisieran estas señoritas de su familia estar educadas como tú, como te ha educado tu madre, sacrificándose por tu educación a no tenerte nunca a su lado. Pero a Eduardo, el futuro Marqués, acabarán casándole con su prima Rosaura, que le pondrá en ridículo, pero todo se quedará en casa. A ella le gusta flirtear con todos, y su predilección es por los casados. Cuando se case puede que le parezcan mejor los solteros.

ELENA

No quiero oír nada... Todo me asusta... Tengo miedo de todo...

ESTEFANÍA

Pues eso no; no hay que amilanarse. Tú vales mucho y puedes aspirar a una posición brillantísima en sociedad; ya que has entrado en ella, procura colocarte bien... Tendrás que luchar..., pero eso es la vida... Todos hemos luchado... Pero la lucha fortalece y afianza...

PALMITA

Bueno, Jacobita, cuando usted quiera, si ha de acompañarnos.

DOÑA JACOBITA

Sí, hijas mías. Me contaba este amigo..., usted perdone, ¿su nombre de usted? ¡Tengo tan mala memoria para los nombres!

MONTES

Y me conoce usted de tan poco tiempo...

DOÑA JACOBITA

No, de nombre le conocía a usted mucho. Ha sonado tanto su nombre de usted...

MONTES

¿Mi nombre? Tengo muchas y buenas relaciones; entre ellas, tal vez...

DOÑA JACOBITA

¿No ha figurado usted mucho en política?

MONTES

No, señora, nunca.

DOÑA JACOBITA

Pues yo he oído hablar mucho de usted, no me cabe duda.

MONTES

Sin duda, en esta casa, a su familia... Soy antiguo amigo de la Marquesa...

DOÑA JACOBITA

(Muy seca.) ¡Ah! Sí, es verdad. Eso ha sido..., usted perdone... Cuando queráis..., andando...

PALMITA

Monsita, Miguelito... Vamos... No, Jacobita, no nos defraude usted... Usted delante. Ya sabe usted lo que ha dicho Rosaura.

DOÑA JACOBITA

Si haces caso de lo que diga esa loquilla... *(Salen doña Jacobita, Palmita, Monsita y Miguel.)*

ESCENA VII

ELENA, ESTEFANÍA y MONTES.

ESTEFANÍA

¡También sin saludar! *(A Montes.)* Todavía no he podido hablar con Emilia.

MONTES

Es tarde.

ESTEFANÍA

Espera un momento. *(A Elena.)* ¿Quieres hacer el favor de llamar a tu madre? Y si la encuentras sola, será mejor. Esta gente está siempre al acecho.

ELENA

Por eso... Si tiene usted que hablar con mi madre de algo importante, será mejor en otra ocasión... Aquí, como usted dice, todos escuchan; hasta los criados son enemigos nuestros... La doncella de su confianza que trajo mi madre tuvo que despedirse porque los demás criados le hacían la vida imposible... Estamos solas, a merced de la mala intención de todos... No extrañe usted que mi madre no les atienda a ustedes como ella desearía, seguramente.

ESTEFANÍA

Ya nos hacemos cargo de que ahora no es lo mismo que antes. Pero una cosa es desatender y otra desentenderse. Llama a tu madre, haz el favor.

ELENA

Como usted quiera. *(Sale.)*

ESCENA VIII

ESTEFANÍA, MONTES y después EMILIA.

ESTEFANÍA

Ya has oído a Elenita.

MONTES

Sí; comprenderás que es lección aprendida.

ESTEFANÍA

Por lo visto, se quiere alejarnos. Ya se llegó; todo lo que pueda recordar lo pasado, molesta, estorba.

MONTES

Es natural.

ESTEFANÍA

Sí, es natural; pero no podrá ser. ¿No piensas tú lo mismo? Que no puede ser.

MONTES

Por ahora no. De Emilia depende que eso sea posible. Yo no tengo interés en perturbar su nueva existencia.

ESTEFANÍA

Que a nadie tiene que agradecer más que a nosotros.

MONTES

Eso sí.

ESTEFANÍA

Si hubiéramos querido, con toda la ceguedad del Marqués, este matrimonio no hubiera sido posible...; no creo que Emilia se olvide tan pronto... Aquí viene. Es mejor que me dejes con ella.

MONTES

Sí, mejor es... En la terraza espero. *(Sale. Entra Emilia.)*

EMILIA

Me ha dicho Elena que deseaba usted verme.

ESTEFANÍA

No quería marcharme sin despedirme... Estará usted muy satisfecha. Toda la familia en su casa, y al parecer, todos contentos. Así debe ser. Usted tiene medios sobrados para atraerlos a todos y congraciarse con ellos. Y si consigue usted que Elenita, en este medio social, consiga colocarse ventajosamente... Con el heredero, por ejemplo... ¿Por qué no? Elena es una muchacha encantadora por todos conceptos...

EMILIA

¡Pobre hija mía! Verla a ella dichosa sería la única compensación de mi vida... ¡Mi vida! Nunca se acaba de luchar. Cuando se cree haber conseguido un descanso, un poco de tranquilidad, pronto se advierte que no ha terminado la lucha, no terminará nunca. La vida sigue, sigue siempre. Nunca se empieza una nueva vida. Los días van eslabonados unos a otros; los más lejanos pesan sobre el día presente y pesarán también sobre los venideros.

ESTEFANÍA

La veo a usted muy acobardada. Usted que ha sido siempre tan valiente. Ahora que ha conseguido usted...

EMILIA

Sí, lo que yo no podía soñar, lo confieso. Quizá por eso mismo me acobarde más la idea de perderlo todo, de volver a empezar. Y ahora no sería yo sola; está mi hija conmigo, que es ya una mujer...

ESTEFANÍA

¡Por Dios, Emilia, la desconozco a usted! Yo pensaba que hoy era para usted un día glorioso, y la hallo tan abatida... Justamente cuando necesitaba de usted... Veo que no es momento oportuno. ¿Podré verla a usted mañana?

EMILIA

Sí, mañana será mejor... Y no aquí.

ESTEFANÍA

En casa tampoco. Aunque mañana no estará mi hermano en todo el día, pero eso a la gente no le consta. En la terraza del Club Náutico, a la hora del baño... Allí podremos hablar... No es cosa de importancia.

EMILIA

Deseo que así sea, porque yo, aunque ustedes crean otra cosa, no dispongo de nada.

ESTEFANÍA

¡Por Dios, no se prevenga usted tan pronto! Ya he dicho que no es cosa de importancia... Mañana hablaremos. Despídame usted del Marqués... Hasta mañana. *(Sale.)*

ESCENA IX

EMILIA queda sola un momento, muy preocupada. Después el MARQUÉS DE LAS TORRES.

MARQUÉS

¿Despedías a alguien?

EMILIA

Sí... ¿Queda alguien arriba?

MARQUÉS

No. Los invitados se fueron todos. Los huéspedes ya se han acostado todos menos el Doctor y Vélez, que pasean y fuman por la terraza, delante de su cuarto. Vélez, como siempre, impertérrito trasnochador... ¿Estás contenta?

EMILIA

Sí. ¿Cómo no estarlo?

MARQUÉS

Yo también. Ya has visto mis hijos cómo no han tardado en hacerse cargo de que no tenían razón para sostenerse en una actitud violenta, desagradable para todos... No era suya toda la culpa, oían a unos y a otros, gente malintencionada, que se complace en desunir familias... Pero bien está lo que bien acaba... Eduardo no ha podido estar más gentil... Es un buen muchacho Eduardo. Estoy orgulloso de él... Su hermana Felisa no ha estado tan expresiva, pero es que ella es asi..., es su carácter. No lo tomes a mal... Lo mismo es conmigo, con su marido, con sus hijos..., es su carácter... En cuanto a mi hermana, la pobre Jacobita..., ésa... es un ángel de Dios... Si alguna vez dice algo desagradable es por distracción... Esa no es de este mundo, como yo le digo... A mi cuñado y a su hija Rosaura no hay que tomarles nada en cuenta. El vive..., la Luna está demasiado cerca, en el planeta más remoto, y su hija... es un encanto de muchacha, pero un poco desbaratada...; yo la quiero mucho; me divierte tanto con sus ocurrencias..., tan oportuna, tan graciosa... Lo principal es que tú estés contenta..., y debes estarlo. Que se disipen recelos y desconfianzas, que vivamos todos unidos, como debe vivirse en familia. ¡Señor, si las familias no están unidas!... Yo estoy muy contento. Y si Dios nos da vida y salud y no quiere Dios que haya trastornos sociales ni políticos, y puede uno conservar lo que tiene, aunque en estos tiempos calamitosos no hay nada seguro..., pero no querrá Dios, no querrá Dios, para cuatro días que le quedan a uno de vida, que no los pase uno con tranquilidad... ¡Tranquilidad, Señor! Yo no pido otra cosa... No hay nada en el

mundo como la tranquilidad... Lo malo es que no depende sólo de uno... Ya se pueden acostar los criados, ¿verdad? También nosotros... *(Emilia llama y sale un Criado.)*

EMILIA

Apaguen ustedes y pueden acostarse.

CRIADO

¿Manda vuecencia algo más?

EMILIA

Nada más. Buenas noches. *(Salen Emilia y el Marqués, y el Criado, después de apagar las luces. La escena queda sola un momento.)*

ESCENA X

ROSAURA, en deshabillé de noche, trayendo de la mano a VÉLEZ, vestido con un pijama.

VÉLEZ

Pero muchacha... Cualquiera que nos vea... a estas horas... No te rías, que pueden oírte...

ROSAURA

¿Pero qué iban a creer viéndome contigo? Tengo que hablarte... No era cosa de que yo fuera a tu cuarto ni de que tú vinieras al mío... Estamos en terreno neutral...

VÉLEZ

Encenderemos siquiera...

ROSAURA

No, basta con la luz de la luna... Desde la puerta de mi cuarto, entornada, les atisbaba a ustedes..., al Doctorcito y a ti... He oído todo lo que hablabais... Esperé a que él se retirase..., y cuando tú te disponías a hacer lo mismo...

VÉLEZ

Me diste un susto como para mí solo... Veo un fantasma blanco que me hace señas, que me sigue, que me coge de un brazo... No te rías, muchacha... Y vamos a

ver, ¿qué has sorprendido en tu espionaje? Pues sí que puede uno estar seguro... Si hubiéramos hablado mal de ti... o de tu familia... Y eso que de la familia..., peor de lo que tú hablas... O hubiéramos dicho alguna atrocidad de esas que se dicen entre hombres solos... A bien que sólo hemos hablado de Astronomía...

ROSAURA

Y un poco de mí...

VÉLEZ

Como de un lucerito más...

ROSAURA

Pues bueno han puesto ustedes al lucerito.

VÉLEZ

¿Qué has oído?...

ROSAURA

Ese Doctor es muy antipático..., y tú también...

VÉLEZ

Por supuesto...

ROSAURA

Pero ¿es que yo le he interesado?

VÉLEZ

Ya lo creo, y él a ti...

ROSAURA

No sé en qué lo has conocido.

ROSAURA

En nada... Pues mira..., ése sería el hombre para ti, el que tú necesitas; un hombre que supiera apreciar todo lo bueno que hay en ti y no sale a la superficie, que es deplorable, Rosaurita, deplorable. Lo que yo digo, la hipocresía a la inversa: ser buenos y parecer malos...

ROSAURA

¿Yo parezco mala?

VÉLEZ

No, mala, lo que se dice mala... Pero al que no te quiera como yo te quiero y no te conozca como yo creo conocerte..., al que te juzgue sólo por lo que aparentas..., la verdad, asustas... Y luego, tus amigas, la gente que te rodea, que tanto se divierte oyéndote, con tanto ponderar tus gracias, con exagerarlas, con atribuirte las que tú no dices, o repetir fuera de ocasión las que tú has dicho con oportunidad, contribuyen a desacreditarte...

ROSAURA

¡Vaya! ¡Habrá que estar siempre seria! Fingir... ¿No es eso? La hipocresía a la antigua, como tú dices...

VÉLEZ

Ni a la antigua ni a la moderna, sin hipocresía; ser sencillos, ser naturales... Si es que la mayor parte de las jóvenes del día vivís por literatura... Esas Claudinas y otras criaturas de novela por el estilo han hecho más estragos... Lo mismo que eso de la cocaína y el éter, esas drogas del diablo..., todo literatura... Señor, si hay muchacha que en cuanto está delante de tres o cuatro personas se fuma una docena de cigarrillos, y estoy seguro de que está un día entero sola en su cuarto y no se le ocurre encender uno... ¿Por qué es eso? Porque todo es *pose*, exhibición..., que es el mal de los tiempos... Llamar la atención, destacarse por algo, aunque sea malo... Y dirás que quién soy yo para moralizar. Nadie, ya lo sé...; un bufón a la moderna, un bufón de sociedad..., no soy otra cosa; pero ya sabes que los bufones alguna vez entre burlas decían verdades..., y este bufón tiene su alma en su almario y en ese alma y en ese almario gran cariño por ti... Sí, Rosaurita... Yo no quiero que seas así; tú vales más que todo eso... Mira, no vaya a sucederte algún día, cuando menos lo quieras..., porque de verdad quieras, lo que le sucedió a don García, el protagonista de una comedia de don Juan Ruiz de Alarcón.

ROSAURA

¿Qué le sucedió a don García y qué comedia es ésa?

VÉLEZ

Pues don García, hijo de un noble caballero, era..., por eso, por lo mismo que tú eres así, porque como él mismo dice:

Ser notado es grande cosa,
el medio cual fuere sea...

Era un grandísimo embustero, mentía sin necesidad, mentía por todo, mentía por mentir..., el Arte por el Arte... Y un día, en que por una confusión involuntaria por su parte, necesitó que le creyeran una verdad..., nadie quiso creerle: que en boca del embustero es la verdad sospechosa... Hija mía, no quiero yo que te suceda a ti eso mismo, que el día en que necesites que crean en ti..., porque comprenderás que un hombre serio, un hombre como el Doctor, no uno de esos mequetrefes, muñequillos de sociedad, con los que tú te diviertes, pero a los que no puedes estimar..., un hombre serio, digo, como ese Doctor..., tan antipático..., ¿verdad?, para la que ha de ser la compañera de su vida no buscará nunca a una mujer que ande en opiniones de todos. Necesita creer y que todos crean que es honrada. Pues recuerda a don García, y como en él la verdad, procura que no vaya a ser en ti la virtud sospechosa... Y seguro de que has de meditar mis palabras con la almohada..., me voy a dormir muy tranquilo... Y ahora si alguien me ve volver a mi cuarto, sabe Dios lo que podrá figurarse. Todo menos que vengo de predicar. Y no es cosa de que nadie sospeche tampoco de mi virtud, a mis años, en casa ajena y en esta facha... Muy buenas noches, hijita, muy buenas noches...

ROSAURA

No, espera, oye, escucha...

VÉLEZ

Nada, nada... Como no quieras que le diga algo al Doctor de tu parte...

ROSAURA

¿Al Doctor? No se te ocurra decirle nada de esto..., ni que te he hablado de él, ni que a mí me interesa.

VÉLEZ

¿Lo ves? Esta hipocresía ya me parece bien... Es más femenina y más natural por lo tanto... No es mal principio. Adiós, Rosaurita, duerme bien, sueña mejor..., y bonísimas noches...

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

ESCENA I

JAIME y EDUARDO, escribiendo cartas; entra el MARQUÉS DE LAS TORRES.

MARQUÉS

Muy buenos días.

EDUARDO

Hola, papá.

JAIME

Buenos días, Marqués.

MARQUÉS

¿No ha venido el correo?

JAIME

No, aún es temprano.

MARQUÉS

Son ustedes los madrugadores de la casa. Sigan, sigan su tarea, no me hagan ustedes caso. Pero tú, Eduardo, no te fatigues. ¿No cree usted, Doctor, que no le conviene escribir tanto? Todos los días escribes diez o doce cartas. Yo no sé a quién puede escribir tanto. Si no conociéramos tu formalidad y creyéramos que todo ello era correspondencia amorosa...

EDUARDO

Escribo a mis compañeros de allá mis impresiones de aquí..., no muy satisfactorias.

MARQUÉS

Ya, ya... Pero por lo menos, con nosotros, ¿estás contento?

EDUARDO

Sí... Sólo tengo el disgusto de que Jaime nos deja.

MARQUÉS

¿Nos deja usted? ¿Es posible?

JAIME

Sí, ya le he dicho a Eduardo... Me llaman de Madrid. Tengo enfermos pendientes de operaciones; lo mismo ellos que las familias me esperan con la natural impaciencia.

MARQUÉS

Los hombres como usted, se deben a la Humanidad. Si esa es la causa no debemos ser egoístas. Pero conste que lo deploramos. Emilia va a llevarse un disgusto; para ella era una tranquilidad que estuviese usted al lado de Eduardo, por su salud y para su distracción; porque con su carácter teme que sin usted va a aburrirse aquí mucho y también va a querer dejarnos pronto.

JAIME

No, él debe pasar aquí todo el verano; le sentará muy bien, ya se lo he dicho. *(Entra un Criado con el correo.)*

MARQUÉS

¡Ah!, el correo. *(Después de mirar las cartas.)* Yo no tengo cartas. Mejor. Son tan pocas las cartas agradables. A mí me asusta siempre el correo. Cuando no son malas noticias es algo molesto... Estas son para ti. *(A Eduardo.)* Para usted, Doctor. *(Al Criado.)* Deje usted ahí las otras. Ya las recogerá cada uno... Veamos la Prensa. Ahora puede uno leerla tranquilo; antes también siempre era un sobresalto...

ESCENA II

DICHOS y ROSAURA.

ROSAURA

Muy buenos días. Hola, tío. Hola, Eduardo... Doctor...

EDUARDO

Buenos días, primita...

JAIME

Muy buenos, Rosaura.

MARQUÉS

Creo que hay cartas para ti.

ROSAURA

A ver... Sí, todas éstas... Malísimas noticias.

MARQUÉS

No digas. ¿Cómo has podido conocerlo?

ROSAURA

Por los membretes de los sobres. Malas noticias para papá. Son facturas de casas de París.

MARQUÉS

Todos los que hemos sido maridos y padres sabemos lo que es eso. Pero en mis tiempos siquiera se pagaba la tela de los vestidos; ahora, según lo que cuestan y la poca tela que llevan, deben pagarse como el alquiler de las tiendas, por los huecos. Yo no quiero pensar si mi pobre madre, y no digo mi pobre abuela y mis respetables tías, resucitaran de pronto y se encontraran en una de nuestras reuniones de sociedad. Volvían a morirse del susto. Los trajes, el lenguaje, las maneras... No digamos la música. Eso que ahora llaman música. Dos sartenes, un almirez, una bocina de automóvil, un cencerro y hasta petardos de cuando en cuando...

ROSAURA

La música y el resto... no digo; pero respecto a desnudeces... En nuestras casas hay retratos de venerables antepasadas con sus buenos escotes.

MARQUÉS

El escote está consagrado por la tradición, es de ceremonial. Y por lo mismo que no se prodigaba tanto, tenía cierta importancia, que inspiraba respeto. Si lo malo de hoy es que todo ha perdido importancia. En mis tiempos, un día de lluvia y de barro, en Madrid, era un día de fiesta para los hombres que andábamos todos ca-

bizbajos por esas calles, al atisbo de un asomo de pantorrilla. Pero ahora, ¿qué importancia tiene una pantorrilla?

ROSAURA

¿Y te parece que aquello era más decoroso?

MARQUÉS

Más atractivo, por lo menos... Y si las mujeres se dieran cuenta...

ROSAURA

Nos la damos perfectamente. Y aun hay muchas mujeres que prefieren llevarse a los hombres detrás, arrastrados como de un anzuelo, con recursos... de esos de tus tiempos. Pero somos muchas las que pensamos que los hombres no son para llevarlos detrás, como a la rastra de una ilusión o de un deseo, que dura lo que todas las ilusiones y todos los deseos... Deben ser para que vengan a nuestro lado, acompañándonos, dándose cuenta de todo, física y moralmente... Que el amor y el matrimonio dejen de ser ese eterno duelo de sexos, con todas las artimañas y embustes, que son las naturales armas en esa clase de duelo, y todas las desilusiones y desengaños, que son sus inevitables heridas..., que alguna vez pueden ser mortales...

JAIME

Piensa usted muy bien, Rosaura.

ROSAURA

¿Me escuchaba usted?

JAIME

La escucho siempre.

ROSAURA

Menos mal, porque hay quien no me escucha más que cuando digo algún disparate... Ya es mucho suponer que ahora no lo haya dicho. Aunque así sea, me alegro de que me haya usted escuchado.

MARQUÉS

El Doctor también tendrá un concepto científico del amor y del matrimonio. Pero en estos asuntos, armonizar el corazón con la cabeza me parece más imposible que aquellas armonías entre la Ciencia y la Fe, que tanto dieron que escribir y que perorar a muy doctos varones, con mejor intención que resultado.

JAIME

No lo creo tan imposible. Al corazón se le educa y se le enseña a obedecer.

MARQUÉS

¡Ay, Doctor! No se enamore usted de verdad; es lo mejor que puedo desearle.

EDUARDO

Sí; porque enamorarse ciegamente siempre es peligroso. Pero, en fin, si ello hubiera de ser, yo le deseo a Jaime que sea pronto, mientras aún es joven, porque a cierta edad esos enamoramientos...

MARQUÉS

¿Lo dices por mí, hijo? No creo haber hecho ninguna locura con haberme casado por amor, a mis años...

ROSAURA

¡Por Dios, Eduardo, evitad discusiones! ¡Ea, valor! ¡Voy a dar el susto a mi padre!

MARQUÉS

Una curiosidad, Rosaurita. Cuando te cases..., según tus principios, ¿piensas dar también estos sustos a tu marido?

ROSAURA

De él depende. Si sabe hacerme feliz, la felicidad es lo más barato; pero los substitutivos de la felicidad son siempre caros y peligrosos. Lo mejor que puede desear el marido de una mujer desgraciada en su matrimonio es que a la mujer le dé por vestirse mucho. ¿No les parece a ustedes? ¡Ah!, mi padre, qué a tiempo llega. ¡Pobre!...

ESCENA III

DICHOS y el CONDE DE SANTA CLARA.

CONDE

¡Señores!

EDUARDO

Hola, tío.

MARQUÉS

¿Qué tal, Olegario? ¿Has dormido bien?

CONDE

Muy mal: desvelado toda la noche; con el ruido del mar y las sirenas...

MARQUÉS

Pero ¿qué sirenas, Olegario? ¡Como no fueran las mitológicas! Si en este puertecillo no hay grandes barcos ni sirenas...

CONDE

Pues yo he oído unos bocinazos toda la noche...

MARQUÉS

Habrá sido Vélez, que duerme pared por medio contigo y creo que ronca muy fuerte. ¿Usted le ha oído, Doctor, que también es vecino suyo?

JAIME

No... Será que yo tengo el sueño más pesado.

CONDE

¿Qué haría yo para dormir toda la noche, Doctor?

MARQUÉS

No dormir todo el día en cualquier parte...

CONDE

Pero ¿qué dormir?... Sueñecillos de nada, que no me aprovechan... ¡Ah!, Rosaura, hija, ¿estás aquí? Muy bien. No me dices nada, no me preguntas cómo he pasado la noche.

ROSAURA

Ya te he oído, papá, y ya lo sabía, porque anoche entré en tu cuarto a poco de acostarte, y estabas tan desvelado, que anduve por la habitación, te di un beso, dejé caer un libro y no te enteraste de nada. Entré también esta mañana, y lo mismo: siempre desvelado.

CONDE

Creerás que no te he sentido y que no te he visto. ¿Qué cartas son ésas?

ROSAURA

De amigos. Todos me dan recuerdos para ti.

CONDE

¡Qué amables! Dáselos de mi parte. Y ¿quiénes son, quiénes son?

ROSAURA

Martial y Armand, Drecoll, Marta Regnier... Todos muy expresivos.

CONDE

¡Vamos, sí! ¡Qué bromitas! Facturas, ¿no es eso? A ver. ¡Friolera!

ROSAURA

Lee para ti... No me desacredites.

CONDE

Bueno, bueno...; dile a don Germán que gire... Déjalo ahí todo... Ya se enterará él... ¿Hay periódicos de Madrid? ¿Qué dicen?

MARQUÉS

Hoy vienen más interesantes que de costumbre: traen muchos blancos.

CONDE

Eso es algo grave; ¿tú sabes algo, Eduardo?

EDUARDO

¿Yo? No, tío.

CONDE

Usted, Doctor.

JAIME

Tampoco...

ESCENA IV

DICHOS y DOÑA JACOBITA.

DOÑA JACOBITA

¡Felices, señores!

CONDE

Felices, Jacobita.

EDUARDO

Querida tía...

DOÑA JACOBITA

¿Qué piensas hacer, Rosaura?

ROSAURA

Hoy no pienso salir...

DOÑA JACOBITA

Ahora te ha dado por no salir.

ROSAURA

Qué quieres. Me encuentro muy bien conmigo.

DOÑA JACOBITA

Sí, sí; es preferible. Pero nunca has de tener término medio. El caso es dar que hablar.

ROSAURA

Pues yo te aseguro que, desde ahora, los que hablen de mí van hablar de memoria, porque van a verme y a oirme muy poco.

DOÑA JACOBITA

¡Jesús! ¡Qué novedades! ¿Oyes a tu hija, Olegario?

CONDE

(Leyendo un periódico, sin hacerla caso.) ¡Hombre! Gran acontecimiento. En venta la colección Stevensor. ¡Quién estuviera allí! En tapices flamencos es única. Habrá que ver los precios. Para los americanos... *(Entra un Criado.)*

CRIADO

La señora Marquesa desea saber si los señores Marqueses de San Macario almorzarán hoy con los señores. La señora Marquesa esperaba un aviso.

MARQUÉS

Espere usted. Puede que haya venido en el correo. Sí. Aquí hay una esquelita para la Marquesa... Es letra de Felisa.

ROSAURA

Dirá que no puede venir, como siempre...

CRIADO

¿Debo llevar esa carta a la señora Marquesa?

MARQUÉS

No; voy yo mismo. *(Sale el Criado.)* ¿Qué piensas hacer, Olegario?

CONDE

¿Ahora? Irme al cenador a leer los periódicos, entre sol y sombra... *(Sale.)*

MARQUÉS

Allí iré en seguida. Hasta ahora. *(Sale.)*

ROSAURA

Te acompaño hasta el jardín, tía...

DOÑA JACOBITA

Desde la iglesia bajaré a la playa. Si has cambiado de idea y te animas a salir, allí me tienes... *(Salen doña Jacobita y Rosaura.)*

ESCENA V

EDUARDO y JAIME.

EDUARDO

Por hoy no escribo más... ¿Estás decidido a dejarme?

JAIME

Sí; no puedo retrasar mi ida a Madrid. Yo siento que tú creas, que crea tu familia que no estoy aquí a gusto.

EDUARDO

¡Qué sé yo! ¡Yo me iría contigo de tan buena gana!

JAIME

Eso sí que no. Pensarían que era culpa mía. En la situación delicada en que estás con tu padre... Por unos días..., ¿qué te importa? No le disgustes... No creo tan difícil contemporizar con tu nueva familia. Tu madrastra es la discreción suma, y su hija, si de algo peca, es de modosa y callada.

EDUARDO

Sí... Si hubieran tenido la discreción..., el buen gusto, de no aportar con ellas a sus antiguas amistades...

JAIME

¿Lo dices por ese señor Montes y su hermana? Eso tiene fácil remedio: con que tu padre indique, exija si es preciso que renuncien a esas amistades...

EDUARDO

Mi padre se dejaría convencer..., engañar, ahora como antes.

JAIME

Yo creo que exageras, Eduardo. Según a lo que tú llames engañarse... Tu padre ha hallado en esta señora lo que él deseaba para los años ingratos de su vida: agrado y tranquilidad... Y acaso no le falte razón. En hombres y mujeres hay honradeces tan desagradables, que muchas veces es preferible el agrado sin tanta honra-

dez... Y como agrado, has de confesar que tu madrastra lo posee como pocas personas...

EDUARDO

Sí, sabe mucho. Ha dado pruebas de ello. Ha sabido llegar. Yo aún desearía que no se detuviera en su ambición, que ambicionara más todavía, y como ha sido capaz de conseguir, fuera capaz de hacerse digna de lo que ha conseguido.

JAIME

¿Por qué no? Ya sabes lo que dice tu prima: que el talento imita muy bien todas las virtudes, como la tontería todas las maldades.

EDUARDO

Vengo notando que todo lo que dice Rosaura causa impresión en ti... Confiesa que en esta sociedad nuestra, nada te ha interesado tanto como mi prima... ¿Te sorprenderá si te digo que a ella no le has interesado menos?...

JAIME

¡Vaya, Eduardo! Si no te hubiera oído tantas veces, y no tengo por qué dudarlo, que, contra el deseo de vuestra familia, ni tu prima ha pensado en ti ni tú en ella para casaros, creería que en esta ocasión hablaban por ti los celos... ¿En qué puedo yo haber interesado a tu prima?

EDUARDO

¡Ah! Eso ya no sabría decírtelo. Pero que Rosaura desearía verte enamorado de ella, no lo dudes. ¿Por curiosidad? ¿Por vanidad? ¿Quién puede saberlo? No lo sabrá ella misma.

JAIME

Pero sabe que un triste cirujano, por eminente que pueda llegar a ser, de tan plebeyo origen como el mío, que aún tengo parientes muy allegados que visten el paño pardo de los labriegos y labran la tierra con sus manos, no puede ser nunca el marido de una joven aristócrata por todo su linaje, heredera de cinco títulos con grande-

za de España, y de un caudal a la orden de todos sus caprichos.

EDUARDO

El de casarse a su gusto puede ser el primero. En cuanto a eso que tú consideras obstáculos, tu profesión, tu familia humilde, no lo serían para ella. Ahora si me dijeras: Estoy enamorado de tu prima, ¿qué debo hacer? Te contestaría sin vacilar: Marcharte cuanto antes. Yo no sé qué pensar de mi prima. Unas veces parece que discurre con tanto juicio, con tan clara percepción de todo, hasta de ella misma. Otras veces, casi siempre, parece la criatura más insubstancial. Sólo preocupada de producir efecto, efecto fácil entre la gente que la rodea, con sus salidas de tono y sus frases..., esos juegos de ingenio, que la sociedad y el teatro se disputan y se reparten en amable reciprocidad de vaciedades..., y sobre todo, atrevimientos... alarmantes... Ella cree tal vez que su verdad es la otra; yo temo que acaso sea ésta y la otra... un efecto más, buscado para variar el repertorio. También creo, sí, que Rosaura, al lado de un hombre inteligente, de verdad enamorado de ella, es muy educable y perfectible... Pero cuando la vida es tan fácil para ella, sin tener que cambiar en nada su modo de ser, ¿se prestaría a soportar las severidades de una educación y una disciplina espiritual a que no está acostumbrada? Es mi modo de ver... Con todo, la aventura es tentadora por lo mismo que es peligrosa..., y si hay alguien capaz de llevarla a feliz término, ése eres tú. Y ya que, a pesar mío, por lo que vale tu amistad para mí, hice el perfecto abogado del diablo, debo decirte que, por mi parte, nada podría satisfacerme tanto como ese matrimonio...

JAIME

¿Qué matrimonio?

EDUARDO

El tuyo con Rosaura.

JAIME

Pero en serio, ¿has pensado que eso sería posible?

EDUARDO

¿Es que tú no lo has pensado... siquiera... como imposible?

JAIME

No hay locura que no pase por el pensamiento... Y en ésta..., sí..., para qué engañarte, he pensado, y como somos tan hipócritas con nosotros mismos, para que al pensarlo no me pareciera tanta locura, hasta la he revestido de cierto aparato científico y sociológico.

EDUARDO

Ya es más grave.

JAIME

Ideas mías. Estamos tan necesitados...—la horticultura es más poética que la ganadería para estos símiles—, tan necesitados... de injertos de unas clases sociales con otras. Cierto que en vuestra clase a cada paso hay matrimonios con personas que no proceden de la aristocracia...; pero es aristocracia del dinero, que llega a vosotros ya con todos vuestros defectos y algunas buenas cualidades menos. Son como esos aficionados a un arte, que, en vez de traer a él espontaneidad, traen todos los amaneramientos de los profesionales. No, no es eso lo que vuestra clase necesita; necesita injertos vigorosos..., capaces de infundir una inteligente actividad a vuestras actividades ociosas o mal empleadas... Todo el mal de nuestra juventud es ése... ansia de actividad que no halla aplicación. Procedemos de una generación que nos dejó fatigados de elocuentes frases, que podían parecer ideas; lo malo es que cuando fuimos a ver lo que habían hecho nuestros padres con tanta elocuencia, vimos que poco o nada. Hoy, a toda prisa, queremos acción, algo a que aplicar nuestra actividad; pero el terreno está mal preparado y el esfuerzo se malogra y la actividad se inutiliza; es decir, parece perderse en derivaciones sportivas: el auto, el *foot-ball*, la pasión por el baile, todo eso, que es, en suma, movimiento, agitación incesantes. No maldigamos de todo ello... Bien encauzado podría tener su valor algún día. La misma guerra acaso no es más que eso, un *sport* más, empleo de actividades ociosas. ¿Mal em-

pleadas? ¿Quién puede decirlo? La Humanidad vive en perpetuo ensayo, y quién sabe si en ese continuo ensayar nada se habrá perdido en definitiva, ni siquiera la acción, el riesgo, el interés y la emoción intensa, que al espectador superficial pueden parecerle muy mal empleados en una corrida de toros.

ESCENA VI

DICHOS, EMILIA, ELENA y el MARQUÉS DE LAS TORRES.

EMILIA

Buenos días, Eduardo... Doctor...

JAIME

Marquesa... Elenita...

EMILIA

Me dice Joaquín que nos deja usted. No quiera usted disculparse con sus enfermos... Todos sabemos que en verano no hay enfermos. Los enfermos tienen también sus vacaciones.

JAIME

Que puede ser efecto de las vacaciones de los médicos.

EMILIA

No, por Dios. No seré yo quien se permita esas bromas, y menos con usted. Creo en usted como en un santo milagroso.

MARQUÉS

Me parece que está ahi Estefanía. La oigo hablar con un criado.

EMILIA

¡Ah, sí! Vé tú, Elenita. *(Sale Elena.)*

EDUARDO

Nosotros íbamos al correo a echar estas cartas... Después hacia la playa.

MARQUÉS

Allí íbamos nosotros, pero con la visita...

EMILIA

No, la recibiré yo sola. Vé tú con Elenita. Yo iré en seguida. No creo que me entretenga mucho.

ESCENA VII

DICHOS y ESTEFANÍA, que viene con ELENA.

ESTEFANÍA

Señores... Emilia... Ya sé que salían ustedes. Por mí no se detengan.

EMILIA

No, yo aún no salía... Siéntese usted. Hasta luego, todos....

ESTEFANÍA

¿De veras no trastorno planes?

EMILIA

No, de ningún modo.

MARQUÉS

Cuando quieras, Elena. Y ¿Eduardo y el Doctor?

ELENA

Les dije que no nos esperaran. Van delante. ¿No tardarás mucho, mamá?

ESTEFANÍA

¿Es preguntar si la visita será corta?

ELENA

No, por Dios.

ESTEFANÍA

Descuida.

MARQUÉS

A sus pies. *(Salen Elena y el Marqués.)*

ESCENA VIII

EMILIA y ESTEFANÍA.

ESTEFANÍA

Esperaba saber de usted. Desde la otra tarde en que me atreví a solicitar de usted un favor especialísimo. Quedó usted en avisarme y no he vuelto a tener noticias.

EMILIA

Ya dije a usted que sería muy difícil..., imposible...

ESTEFANÍA

Por Dios, Emilia. Ya sabe usted que no se trata de mí, se trata de mi hermano, que tendría un disgusto si supiese que yo he recurrido a usted. Ya conoce usted su delicadeza extremada... Se encuentra en uno de esos momentos difíciles... El cuenta con muy buenas amistades, pero las amistades, usted sabe lo que son las amistades, aun las que cree uno más obligadas no siempre responden.

EMILIA

No tiene usted que recordarme obligaciones ni favores; no tiene usted que recordarme nada. Lo tengo todo muy presente. No es fácil que pueda olvidarlo. Pero ya le dije a usted, debe usted creerme, yo no dispongo de nada. Y si ahora, en circunstancias tan difíciles para mí, se supiera que yo... ¿Qué no haría yo por servir a usted, a Fernando también?... Pero cuánto les agradecería que en esta ocasión comprendiera usted... el mal que sería... para todos... Más adelante... en otra ocasión...

ESTEFANÍA

Si usted supiera que si Fernando se encuentra en esta situación angustiosa ha sido por salvar a usted.

EMILIA

¿A mí? Por Dios, Estefanía...

ESTEFANÍA

Es que usted no sabe... Recuerda usted aquel muchacho, Julio..., le habrá usted visto muchas veces, que Fernando tenía a su servicio, una especie de secretario, persona de toda confianza..., casi se había criado en casa, mucha gente creía que era de nuestra familia.

EMILIA

Sí, sí, ya me acuerdo...

ESTEFANÍA

Pues ha resultado un perdido del peor género, jugador, mujeriego... Nosotros no sospechábamos nada. Desde

hace algún tiempo, de cuando en cuando, mi hermano echaba de menos pequeñas cantidades, que él creía haber guardado; pero no muy seguro de su memoria no se atrevía a sospechar de nadie. Después, ya no cabía duda; a mí me faltaron también algunas alhajillas...; de todos sospechamos menos de este muchacho, cuya conducta había sido siempre intachable. Pero de pronto, de la noche a la mañana, no volvió a parecer por casa. Ya no podíamos dudar, pero nunca creíamos que se atreviera a tanto... Un día Fernando tuvo aviso para avistarse con cierta persona; era un echadizo... Julio había robado también papeles de importancia... Entre ellos, cartas de usted, cartas del padre de Elena..., toda la correspondencia en que se trataba del matrimonio de ustedes..., del reconocimiento de su hija de usted. Se amenazó a Fernando con que todo ello iría a parar a manos... No del Marqués, eso no hubiera tenido importancia... El Marqués la quiere a usted mucho, todo hubiera tenido arreglo... Esa gente sabe asegurarse. Esas cartas hubieran ido a manos de Eduardo, de Felisa... Comprenda usted el efecto; esas cartas en poder de los hijos del Marqués..., el escándalo...

EMILIA

Comprendo, sí, comprendo.

ESTEFANÍA

¡Si Fernando supiera que yo le he contado a usted nada de esto!

EMILIA

¡Basta, basta!

ESTEFANÍA

¿No lo cree usted?

EMILIA

Sí, sí, lo creo todo. ¿Qué no voy a creer de usted..., de ustedes? Por eso pienso lo que tengo que hacer. Porque ustedes no engañan, ustedes no amenazan en balde...

ESTEFANÍA

Emilia, por Dios... No la he visto a usted así nunca. Después de todo, ¿qué puede importarle a usted? Ya no

puede usted perder nada. Su posición de usted es muy fuerte. La familia, aunque interesada en perjudicar a usted, siempre ha de respetar que ya lleva usted el nombre, los títulos de la familia. Usted piense con serenidad si vale la pena... Tal vez no. Yo en su caso de usted lo arrostraría todo... Fernando por su parte intentará cuanto sea posible. A él lo que más le acobarda es la idea de que, llegado el caso, alguien de la familia quisiera llevar las cosas a un terreno que Fernando no pudiera rehuír como caballero.

EMILIA

No, eso no. Está bien... Yo pensaré lo que he de hacer.

ESTEFANÍA

Yo que usted no pensaría más. Ni tendrá usted tiempo para pensarlo, porque esa gente apremia, exige su dinero, antes hoy que mañana... También hay el recurso de denunciarlos... Si usted se atreve...

EMILIA

Bien sabe usted que no me atrevo, que no puedo atreverme.

ESTEFANÍA

Entonces... ¿Viene gente?

EMILIA

Sí.

ESTEFANÍA

(Viendo llegar al Conde y a Rosaura.) Entonces usted me dirá cuándo puede usted ver esos modelos. Los dan en muy buenas condiciones. ¡Ah!... Rosaura... Conde...

ESCENA IX

DICHAS, ROSAURA y el CONDE.

CONDE

Muy señora mía...

ESTEFANÍA

Ya me había despedido. Adiós, Rosaura. *(A Emilia.)* No me acompañe usted...

EMILIA

Sí. Aún quiero decir a usted...

ESTEFANÍA

Todo lo que usted quiera. *(Salen Emilia y Estefanía.)*

ESCENA X

ROSAURA y el CONDE.

CONDE

¿Qué traerá esta señora?

ROSAURA

¿Quién? ¿Estefanía?

CONDE

La prefiero como gavota.

ROSAURA

¡Qué buen humor, papá!

CONDE

(Señalando las facturas.) A pesar de todo esto... Ya he dicho a don Germán que se haga cargo.

ROSAURA

Sí, ya sabe lo que importa.

CONDE

¡Qué disparate! Un sombrero trescientas pesetas, unos zapatos doscientas. Esto es lo que debían leerle a uno al casarse, y no la Epístola de San Pablo. Pues si crees que los maridos son como los padres... Bien está. Con tal de no verte disgustada. ¡Ay! ¡Qué vida ésta! *(Se dispone a dormir.)*

ESCENA XI

DICHOS y EMILIA.

EMILIA

(A Rosaura.) ¿No bajas hoy a la playa?

ROSAURA

No... ¿Tampoco usted?

EMILIA

No. Elena fué con Joaquín. Yo no me encontraba muy bien... Felisa avisó que tampoco hoy podían venir a almorzar. Tu prima Felisa no quiere nada con nosotros, mejor dicho, conmigo.

ROSAURA

No. Ya sabe usted la vida que llevan, siempre de una parte a otra... Hay mucha gente así; se han incorporado al auto de tal modo, que el día que se les descompone es como si se les hubiese roto la cuerda.

EMILIA

Tu padre se ha dormido. No debías dejarle. No es bueno que duerma tanto.

ROSAURA

Si él dice que no duerme nada. *(Contemplándole.)* ¡Pobre papá! Duerme como un niño. Dicen que en el sueño y en la muerte la cara no engaña. ¿Verdad que mi padre así dormido tiene cara de bueno? Mi papá bobito, como yo le llamo... ¡Si él supiera cómo le quiero, a pesar de lo que le hago rabiar! Pero ¿a quién va a hacer uno rabiar con más confianza? *(Le da un beso.)* Por los que no le doy despierto.

EMILIA

Eres buena, Rosaura, eres buena.

ROSAURA

Lo dice usted como si fuera un descubrimiento de usted...

EMILIA

Eso no.

ROSAURA

Sí..., porque le habrán a usted dicho tantas cosas de mí...

EMILIA

Si a eso fuéramos... ¡De mí qué no habrás oído!

ROSAURA

Es verdad. Razón para que hayamos simpatizado. ¿No cree usted?...

EMILIA

Sí, Rosaura. Eres la única persona que me tranquiliza en esta casa. *(Salen. La escena queda sola un momento.)*

ESCENA XII

EL CONDE, dormido; VÉLEZ, PALMITA y MONSITA.

VÉLEZ

Creedme a mí, creedme, lo mejor es no decirle nada.

PALMITA

Pero como no va a tardar en saberlo... En cuanto se aviste con cualquiera de los testigos presenciales de la escenita... Con lo que se estará comentando a estas horas. Y que ha sido cuando había más gente en la playa...

MONSITA

Además, conviene que lo sepa. Su primo Eduardo ha estado muy bien obligando a Carlos a que llamara al orden a su mujer, que ha estado imprudentísima.

PALMITA

Y todas las muchachas debemos ponernos de acuerdo para hacerla comprender que así no se puede vivir en sociedad... Porque ya lo ha oído usted, se ha dirigido a todas.

MONSITA

Nos ha dicho que no dejamos en paz a ningún casado.

PALMITA

Nos ha llamado los bolcheviques del Amor.

VÉLEZ

Eso es el título de un cuplé.

PALMITA

Y nos ha dicho que debíamos estar en Rusia, ya que somos tan partidarias de la poliandria.

MONSITA

¿Poliandria? ¿Qué es eso?

VÉLEZ

Pues..., nada, que una mujer puede casarse con muchos hombres a la vez.

MONSITA

¿Con muchos y a la vez? ¡Qué atrocidad!

PALMITA

¡Ay! Si está aquí el Conde.

VÉLEZ

Sí, está y no está..., como siempre... *(Reparando en las facturas que están sobre la mesa.)* Pues va a tener buen despertar.

PALMITA

¿Por qué?

VÉLEZ

Porque no veo más que facturas en correcta formación delante de sus mismas narices. Esto es cosa de Rosaura que le ha preparado a su padre esta grata sorpresa. Digo, de las mejores casas de París..., y todo por miles... de pesetas, para que no haya trabacuentas con la reducción a francos... Supongo que tan formidable batería se la ha puesto ante los ojos cuando ya los tenía cerrados, porque si ha visto todo esto y duerme tan tranquilo, es que no hay nada en el mundo capaz de quitarle el sueño... Digo, también soy yo inocente. ¿Qué significan para él estos miles de pesetas? Si yo tuviera que pagar una cosa así... No, tampoco a mí me quitaría el sueño; pero anda que a los que tuvieran que cobrar... Ante este espectáculo comprendo las ventajas del sistema bolchevique...

PALMITA

¿De cuál?

VÉLEZ

Eso de la poliandria. Que cada mujer pueda tener cuatro o cinco maridos..., con lo que cuesta todo.

ESCENA XIII

DICHOS y ROSAURA.

ROSAURA

¡Hola! ¿Llegáis ahora?

PALMITA

Sí, ahora mismo... Hoy no has bajado a la playa.

ROSAURA

No... ¿Mucha gente?

MONSITA

La de costumbre...

ROSAURA

Y papá, ¿duerme todavía? Pues así está desde que se ha levantado.

VÉLEZ

Bien ajeno al despertar que le amenaza.

ROSAURA

No, si ya las ha visto, y ha dado orden de pagarlas... ¡Pobre papá! Alguna vez refunfuña un poco, pero luego acaba por decirme que es para que no me coja de susto lo que refunfuñará mi marido...

VÉLEZ

Y pobre de ti si no es así.

ROSAURA

¿Por qué?

VÉLEZ

Porque cuando un marido no repara en los gastos de su mujer... es la mejor señal de que la engaña...

PALMITA

Pues yo prefiero que me engañe a que me fastidie... ¿Vienes esta tarde con nosotras? Vamos a Zarauz. Nos esperan los de Villapardo.

ROSAURA

No, no pienso salir.

MONSITA

Pero ¿qué vida haces?

ROSAURA

Cualquiera menos la de siempre... Leo..., escribo cartas...

VÉLEZ

Se nos ha vuelto muy formal en cuatro días... Y bien está un poco de seriedad... Así no tendremos tonterías como la de hoy.

ROSAURA

¿Hoy? ¿Pues qué ha sucedido?

PALMITA

¿No era usted el que opinaba que era mejor no decírselo?

ROSAURA

Pero ¿es que ha sucedido hoy algo de particular?

VÉLEZ

Pienso como vosotras, que no ha de tardar en saberlo. Mira, Rosaura, esta mañana en la playa..., cuando más gente había..., Carmelina Santoja...

ROSAURA

¡Ah, Carmelina! Ya no me sorprenderá nada de lo que podáis decirme.

VÉLEZ

Llegó muy alborotada, preguntando de corro en corro: ¿No está Rosaura? ¿No ha venido Rosaura? En esto se encara con tu tía Jacobita, que estaba sentada como siempre, con todos los bolsos, portamonedas y objetos de valor de las bañistas amigas, depositados en su regazo, como para un juego de prendas: ¿No ha venido su sobrina? Pues dígala usted de mi parte... Y... ¡no quieras saber qué cosas dijo, que ni de su parte es posible decírtelas!

PALMITA

Como una loca, hija, como una loca.

MONSITA

Y mezclándonos a todas en sus improperios...

VÉLEZ

A todo esto esgrimía una carta, que casi le metió a tu pobre tía por los ojos... Devuelva usted esa carta a su sobrina, y vea usted, y que vea su padre..., si esas cartas las escribe una señorita decente a un hombre casado...

ROSAURA

Pero ¿es posible? ¡Habrá estúpida!

VÉLEZ

Tu tía tiene la carta. Tú sabrás qué carta es ésa, tú sabrás qué dice esa carta.

ROSAURA

¡Vamos, vamos! Figuraos, una carta que le escribí yo a Carlos, excusándome de no haber vuelto a embarcarme con él, justamente por las tonterías que iba diciendo Carmelina. Naturalmente que en la carta le recomendaba los glicerofosfatos para la neurastenia de su mujer, sin olvidar las varas de fresno...

VÉLEZ

¡Válgame Dios! Y querías que no se diera por sentida.

PALMITA

Tu pobre tía se ha llevado un disgusto...

MONSITA

Lo peor fué que como no se contentó con hablar de ti, sino que fué mezclando a toda la familia, con alusiones muy indiscretas al casamiento de tu tío, Eduardo, que estaba allí cerca...

ROSAURA

Eduardo también.

PALMITA

Creyó que debía llamar la atención de Carlos para que hiciera comprender a su mujer lo incorrecto de todo aquello...

VÉLEZ

Menos mal que Carlos comprendió que Eduardo tenía razón y que le pilló de buen temple, pero podía haber habido un disgusto...

ROSAURA

Y estaba también el Doctor cuando...

VÉLEZ

Sí; allí estaba...

ROSAURA

¿Veis cómo es mejor no tratarse con nadie, no ver a nadie?...

PALMITA

Eso sí que no. Ahora menos que nunca... ¿No opina usted lo mismo?

VÉLEZ

Sí, en efecto... Pero también vosotras sois de una ligereza...

PALMITA

Oiga usted, Vélez... No nos mezcle usted a todas como Carmelina.

VÉLEZ

Algunas veces le ponéis a uno en el caso de pasarse al enemigo. Una muchacha soltera no debe escribir más que a sus padres y a sus hermanos.

ROSAURA

No me sermonees... Yo te aseguro que desde hoy, cara de palo a todo el mundo. Vais a ver, vais a ver.

VÉLEZ

Tampoco es eso... Tu padre da señales de vida.

CONDE

Estaban ustedes ahí, tan callados... Palmita, Monsita..., monísimas. ¿Y los papás?

PALMITA

Bien todos.

CONDE

¿Os divertís mucho? No lo creo. Los muchachos de ahora no tienen conversación para las muchachas, ni para nadie.

ROSAURA

Oye, papá... He pensado...

CONDE

¿Qué? Hija mía, no me asustes. Te temo cuando piensas algo.

ROSAURA

Que me aburro aquí mucho... No quiero estar aquí.

CONDE

Y qué diría tu tío... Después de tantas desavenencias en la familia, si ahora que estamos reunidos para celebrar la milagrosa curación de tu primo Eduardo..., en plena reconciliación...

ROSAURA

Nada de eso tiene que ver con que yo no quiera estar aquí ni un día, ni un día más...

CONDE

¡Ni un día más! Oyen ustedes esto... ¿Qué le ha sucedido a Rosaura? ¿Ustedes saben?... Ayer mismo me decía que nunca había estado aquí tan a gusto..., y de pronto... No puedo con los caracteres volubles... Esto quiero, ya no lo quiero... Esto he pensado, ya he pensado otra cosa... Yo que por mi gusto no me movería nunca, no pensaría en nada nunca... Y esta muchacha me trastorna, me quita el sueño, que es quitarme la vida...

ROSAURA

Pues me iré con tia Jacobita o con Vélez... o sola...

CONDE

No faltaría otra cosa. Con lo que ya has dado que hablar... Yo que creía, la verdad, creía que este año con la presencia de Eduardo... Porque ya es hora de que yo piense en tu porvenir; porque yo no puedo ser eterno, hija mía, no hay que hacerse ilusiones, no puedo ser eterno... El día menos pensado..., y ese día...

ROSAURA

¡Calla, calla! Ya siento haber dicho nada... Nos estaremos aquí... Lo que tú quieras..., como tú quieras. Puedes dormir tranquilo... Llévatelo, Manolo, haz el favor.

VÉLEZ

Venga usted, Conde... No se atormente usted.

CONDE

Estos disgustos acaban conmigo.

ROSAURA

Llévatelo. Distráele como puedas.

VÉLEZ

(A Rosaura.) Lo tomaré lo más lejos posible. *(Al Conde.)* No piense usted en nada. ¿No ha leído usted esos artículos sobre las nuevas excavaciones de la tumba de Tutankamen? *(A Rosaura.)* Me parece que más lejos...

CONDE

Le diré a usted. Yo tengo mi opinión sobre esas excavaciones. Creo que se trata sencillamente...

VÉLEZ

Sí, una especie de timo del entierro.

CONDE

Exacto... Veo que a usted no se le escapa nada. *(Salen el Conde y Vélez.)*

ESCENA XIV

ROSAURA, PALMITA y MONSITA.

PALMITA

¿Ves como tu padre piensa lo que pensamos todos?

ROSAURA

¿Qué piensan todos?

PALMITA

Que el marido para ti es tu primo Eduardo. No puede ser otro.

ROSAURA

Con que lo piense mi padre, con que lo piensen todos, y ni a él ni a mí se nos haya pasado por la imaginación.

PALMITA

¿Tú crees?

ROSAURA

De mí estoy segura...; de él... me atrevería también a asegurarlo...

MONSITA

Pues no veo mejor solución.

ROSAURA

¿Pero es que el matrimonio no es más que eso, una solución...?

MONSITA

Quiero decirte que sería un matrimonio ventajosísimo para los dos.

PALMITA

Una boda brillantísima.

ROSAURA

Para los Ecos de Sociedad.

PALMITA

Para vosotros, para la familia... ¿Es que tu primo no te parece bien?

ROSAURA

Muy bien... Pero nos queremos desde hace mucho tiempo, desde niños... Un cariño demasiado viejo para ir al matrimonio con él...

PALMITA

Entonces deja el campo libre a su hermanastra... ¡Lo que se alegrará su mamá cuando lo sepa!

MONSITA

No creo que consiga nada. No es boda para Eduardo. Una muchacha de origen tan obscuro...

ROSAURA

Eso no..., lleva un apellido ilustre.

PALMITA

Sí, que le costó muy buen dinero a su madre.

ROSAURA

La gente habla... ¿Qué sabe nadie?

MONSITA

Eso no. Todo el mundo lo sabe: que el primer marido de esta señora se casó con ella y reconoció como hija suya a esta muchacha, porque le ofrecieron un buen destino y le dieron muy buen dinero. Ya ves cómo no es boda para tu primo, que de seguro sabe toda la historia.

ROSAURA

De seguro... ¿No estuvisteis hablando con él toda la tarde?

PALMITA

¿Por nosotras? No. ¿Cómo íbamos nosotras a decir a Eduardo nada de esto? ¿Qué pensaría de nosotras si supiera que lo sabíamos?

ESCENA XV

DICHAS, DOÑA JACOBITA, EDUARDO y MIGUEL SANTELLO.

PALMITA

Aquí está ya tu tía.

MONSITA

Ella te dirá...

DOÑA JACOBITA

Supongo que ya te habrán contado,...

ROSAURA

Sí, ya lo sé todo.

MIGUEL

Ha sido muy divertido.

EDUARDO

Mucho.

DOÑA JACOBITA

Toma la carta. No quieras saber. Eduardo te dirá. Pero también fué idea, conociendo a Carmelina, ocurrírsete escribir a su marido esa carta, que él habrá dejado rodar por cualquier parte.

ROSAURA

No, si fuí yo quien dijo al Criado que si no estaba el señor se la entregara a la señora; si era ella quien yo quería que se enterara.

DOÑA JACOBITA

Así decía Carlos que él no había recibido semejante carta, con lo cual no falta quien crea que la carta tenía algo de particular.

ROSAURA

Diré que la pongan esta tarde en la tablilla del Náutico, debajo de las observaciones meteorológicas... Aquí está la carta, que la lea todo el mundo, que corra de mano en mano... Que se enteren bien... Y no hablemos más de ello...

EDUARDO

Sí, es lo mejor. ¡Si vieras qué poco te favorece todo esto!...

ROSAURA

Si todos lo tomáis en trágico.

MIGUEL

Pero qué trágico. No le hagas caso a Eduardo. Si todo el mundo lo ha tomado a risa, conociendo a Carmelina... A estas horas no se habla de otra cosa. Lo de los glicerofosfatos y las varas de fresno es de lo que queda, vaya si queda...

EDUARDO

No seas majadero.

MIGUEL

Oye, oye; a mí no te dirijas en ese tono heroico. ¿Es que hoy estás decidido a pelearte con cualquiera?... Pues a mí se me encuentra pronto. En cuanto no estés en condiciones de inferioridad...

EDUARDO

Pero ¿qué majaderías estás diciendo?

MIGUEL

Oye, oye, que ya van dos veces que me has llamado majadero, y no estoy dispuesto a consentirlo; por muy amigo que seas no estoy dispuesto a consentirlo, que esas cosas las dicen en broma los amigos y luego quedan..., vaya si quedan..., y no estoy dispuesto a consentirlo...

PALMITA

Pero Miguelito...

MONSITA

No le hagas caso, Eduardo...

PALMITA

No es para que te pongas así.

DOÑA JACOBITA

Es que Eduardo está muy nervioso.

MIGUEL

Si lo comprendo... que está muy nervioso por muchas cosas. Pero qué culpa tenemos nadie de sus disgustos de familia...

DOÑA JACOBITA

En eso tienes razón... Vamos..., dos amigos como ustedes... Dense ustedes la mano.

MIGUEL

Por mí...

EDUARDO

Sí, hombre, sí, perdona... Mi tía tiene razón, estoy muy nervioso...

MIGUEL

Sí, chico, sí. Pero me has dado un disgusto. Con lo que yo te quiero, horrores... Con lo que es para mí tu amistad, con lo que yo...

DOÑA JACOBITA

No te emociones, Miguelito.

PALMITA

No te pongas así. Anda, acompáñanos. Rosaura no quiere venir con nosotras...

ROSAURA

No, hoy no salgo.

MIGUEL

Y... bueno, ahora no vayáis vosotras diciendo que Eduardo me ha llamado majadero..., que esas cosas quedan, y como empiece todo el mundo: el majadero de Miguelito Santello, el majadero de Miguelito. . Ya sabéis que por un mote, un parecido o cualquier tontería así hay... hasta a quien se le ha malogrado una carrera política.

PALMITA

Descuida que no se te malogrará nada. *(Salen Palmita, Monsita y Miguel.)*

ESCENA XVI

ROSAURA, DOÑA JACOBITA y EDUARDO.

DOÑA JACOBITA

¡Pobre Miguel! Se ha llevado un disgusto... Y es que tú también, aunque quieras aparentar otra cosa..., estás aquí contrariado... Yo comprendo que sea desagradable para ti ver en esta casa, oír que nombran con el título que llevó tu madre a otra mujer que...

EDUARDO

Que tiene el cinismo de presentar en esta casa a sus antiguas relaciones. Y eso no. Eso no puedo tolerarlo... Y hoy mismo hablaré con ella, porque quiero evitar hablar con mi padre.

DOÑA JACOBITA

¡Señor, señor! ¡Qué disgustos! Está visto que no debía una tener nunca condescendencias ni debilidades. Si nos hubiéramos sostenido siempre a distancia. Pero porque no dijese tu padre que éramos nosotros los intransigentes...

EDUARDO

No, yo no estoy pesaroso de haber venido. Me marcharé pronto, tal vez para no volver, pero antes quiero, debo dejar esta casa en condiciones de que mi padre no esté en evidencia a cada paso. Si es difícil borrar lo que sucedió, no es tan difícil evitar lo que sucede ahora...

ROSAURA

No participo de vuestra severidad al juzgar las más insignificantes acciones de esta pobre señora. Creo que nadie más que ella desea alejar de esta casa y de su lado a esas personas que tanto os inquietan...

EDUARDO

Si fuera como tú dices, con haberles cerrado las puertas de esta casa, desde que vino a ella...

ROSAURA

Para los hombres todo es fácil resolverlo con violencias...

EDUARDO

¡Pobres de nosotros si no corrigiéramos con nuestras violencias vuestras suavidades!... Todo el mundo comenta que esas personas frecuenten esta casa, que sus antiguas y no muy confesables relaciones con esta señora les sirvan de portillo para introducirse en nuestra sociedad... No estoy dispuesto a consentirlo.

ROSAURA

Bien está. Pero me permites que sea yo... quien indique con nuestras suavidades, como tú dices, antes que tú, con tus violencias..., lo que yo creo que no ha de parecer tan mal como tú crees... Al contrario.

DOÑA JACOBITA

Elena viene. Hablemos de otra cosa.

ROSAURA

No. Quiero yo hablar con ella.

DOÑA JACOBITA

¡Pero muchacha! ¿Vas a decirle?... Se trata de su madre.

ROSAURA

Hago el favor a Elena de creer que con ella puede hablarse con claridad, sin temor a ofenderla...

DOÑA JACOBITA

Si con ello evitamos disgustos... Siquiera que pasemos el verano tranquilos...

ROSAURA

Eso sí. Un verano tranquilo... Es una aspiración... *(Salen Doña Jacobita y Eduardo.)*

ESCENA XVII

ROSAURA y ELENA.

ELENA

¿La dejan a usted porque yo vengo?

ROSAURA

No..., he sido yo quien ha pedido que nos dejaran..., porque deseaba hablar yo sola con usted... No se asuste usted... Quiero que hablemos como no esperaría usted de mí..., como amigas, y muy buenas amigas.

ELENA

Es verdad. No me hubiera atrevido a esperarlo.

ROSAURA

¿No ha oído usted, no le han dicho que de mí puede esperarse todo...? Pero lo mejor que pensaría usted de mí era que no me importaba nada de usted, que me era usted indiferente... Ya que no podía usted ver en mí una enemiga... como en los demás... Ya sé que no le digo a usted nada que usted no sepa; enemigos todos y enemigos de la peor especie, enemigos pasivos, de los que no serían capaces de hacernos nada malo por sí mismos, porque están seguros de que nosotros mismos los hemos de dar hecho todo lo malo que ellos desean y esperan de nosotros... Enemigos a la expectativa, espías de todas nuestras palabras, de todas nuestras acciones.

ELENA

Veo que ha sabido usted comprender nuestra situación, la de mi madre y la mía, en esta casa, en esta sociedad, para mi madre no tan extraña ni tan desconocida como para mí. ¿Cómo no estar acobardada? Y ahora..., ¡qué alegría tan grande!, saber que usted..., usted, de quien yo menos lo esperaba... Verdad es que, temiéndola a usted..., lo confieso, no había sorprendido en usted nunca nada en que yo pudiera advertir la menor intención de mortificarme... Quizá ha sido usted la única... Pero dice usted bien, yo no lo estimaba como señal de simpatía, más bien de indiferencia..., o de desprecio...; soy tan insignificante, pensaba yo, que ni siquiera he merecido una de sus frases ingeniosas.

ROSAURA

¡Mis frases ingeniosas! Las que me hacen parecer lo que creen que soy... ¡Desdichado el que para vivir en

sociedad no posea el precioso recurso de un buen ingenio que sepa endulzar lo que llegó al corazón muy amargo! Pero si usted ve, si usted sabe que yo me he burlado alguna vez de un sentimiento honrado, de una acción noble, de un dolor verdadero... Entonces... crea usted de mí lo que creen todos esos que dicen de mí: Se ríe de todo, se burla de todo... Porque me río de ellos, me burlo de ellos..., y ellos creen ser todo...

ELENA

¿Cómo puedo yo juzgarla a usted así, cuando la oigo a usted y la veo acercarse a mí con tan noble generosidad?... Ha sabido usted sobreponerse al ambiente de hostilidad que nos rodea... Ha pensado usted por sí misma...

ROSAURA

Sí, he pensado por mí misma. Adquirí desde muy niña esa peligrosa costumbre. Como he sido hija única y me criaba delicaducha, tardé mucho en tener ayas y profesores graves... Me crié en la más salvaje libertad. Mis mejores amigos y mis mejores maestros, ahora lo conozco, fueron los criados de mi casa. En sus conversaciones de escaleras abajo aprendí a ver el mundo desde el otro lado... Eran los bastidores de la brillante sociedad, que ya no podría deslumbrarme nunca. En aquellos bastidores, a la luz despiadada de unos espíritus plebeyos, que aun al juzgar sin odio, juzgaban con grosería, los diamantes eran vidrios; las perlas, abalorios; el oro, cartón dorado...; allí se descubría la verdad de todas las apariencias físicas y morales... Comprende usted que en tan excelente escuela haya aprendido a no juzgar por ellas, a ver más allá siempre, de un lado y del otro...; a comprender que somos de tantas maneras como gente nos mira y maneras hay de mirarnos.

ELENA

Y ha sabido usted ver que ni mi madre ni yo merecemos esa desconfianza, esa hostilidad con que todos, como usted dice, esperan...

ROSAURA

Sí, esperan cobardemente la caída, algo de parte de ustedes que justifique esa innoble actitud de los que esperan un mal, una desgracia, una torpeza, para poder decir al fin satisfechos: ¿Ven ustedes cómo teníamos razón en pensar mal?... Ya sucedió lo que nosotros temíamos... Por vergüenza no se atreven a decir: Lo que nosotros deseábamos.

ELENA

Es tan difícil comportarse cuando sabemos que todo ha de ser mal interpretado... Es tan difícil mi situación en esta casa...

ROSAURA

Por ustedes, no... Ustedes lograrán disipar recelos y desconfianzas. Para ello, lo que importa es que prescindan ustedes de algunas de sus antiguas amistades... La presencia de esas personas en esta casa disgusta a mi primo. Está decidido a hablar con su madre de usted. Es preciso evitarlo.

ELENA

Sí, sí... Mi madre hará todo lo posible.

ROSAURA

Después de esta reconciliación familiar, un nuevo rompimiento por cualquier causa, dejaría a su madre de usted en una situación difícil... He hablado a usted con lealtad. Así lo estima usted, ¿no es cierto?

ELENA

¡Dios mío! ¿Cómo agradecer a usted?...

ROSAURA

No. Yo soy la que está muy contenta... ¡Hay tan pocas ocasiones de estar contento de uno mismo!... Lo que no quisiera es haber entristecido a usted...

ELENA

No, Rosaura, no... Gracias, muchas gracias. *(Sale.)*

ESCENA XVIII

ROSAURA y VÉLEZ.

ROSAURA

¿Has dejado tranquilo a mi padre?

VÉLEZ

Sí; me ha dado un repaso de antigüedades, hasta Luis XIV hemos llegado... Y tú, ¿te has tranquilizado también? Hay que ser un poco más juiciosa. La gente se ha divertido mucho... Pero esos mismos que se divierten son luego los que más te desacreditan... A estas horas, para muchos, es indudable que has coqueteado más de lo justo con el marido de Carmelina...

ROSAURA

Ya lo sé. No me digas nada. ¿Estaba también el Doctor cuando?... ¿Qué habrá dicho? ¿Has hablado con él?

VÉLEZ

Si es eso lo que te importa..., el Doctor no dice nada... El Doctor se marchará dentro de tres o cuatro días...

ROSAURA

¿Tan pronto? ¿Está ya aburrido... de todo?

VÉLEZ

No sé. Tiene mil atenciones profesionales. Y tampoco tendría nada de particular que estuviera aburrido... o asustado...

ROSAURA

Pero ¿te ha dicho él que se marcha?

VÉLEZ

Se lo he oído decir. Yo, desde que me recomendaste que no le dijera una palabra... de nada...

ROSAURA

¡Qué gracioso! ¿Querrás decirme que no has vuelto a hablar con él... de nada?

VÉLEZ

Sí, hemos hablado de la posibilidad de comunicarnos con Marte, de política, del fascismo..., de la de aquí no hemos hablado nada, porque ni él ni yo tenemos vocación de desterrados... Pero sí hemos hablado de cosas muy importantes en estos días...

ROSAURA

No me pongas nerviosa. Yo sé, estoy segura de que habéis hablado de mí. Hoy con mayor motivo, después de esa escena... No lo niegues. ¿Qué te ha dicho? ¿Qué ha pensado de mí?

VÉLEZ

¿Quieres que te diga la verdad? Pues por él yo no sé lo que él piensa. Pero por mí... sé lo que piensa él. Digo por mí, porque me pongo en su caso... Y cuando se ha vivido lo que yo he vivido, no es difícil adivinar pensamientos.

ROSAURA

¿Y qué sabes de él... por ti?

VÉLEZ

Que siente por ti esa atracción que siente por el mar el navegante, el aviador por los espacios aéreos, el automovilista por las pendientes y las curvas... Esa atracción de lo peligroso, de lo inseguro.

ROSAURA

¿Es qué soy tan complicada como todo eso?

VÉLEZ

No, hija mia. ¿Qué has de ser complicada? Para un viejo como yo... eres lo más sencillo del mundo: una mujer. No hay nada más sencillo que una mujer, aunque otra cosa crean y quieran hacernos creer psicólogos literatos que han estudiado a las mujeres, creyendo de buena fe lo que ellas mismas les decían en confesiones..., ya literarias... Los buenos confesores saben que hasta en la confesión sacramental no hay que fiarse mucho de lo que las mujeres confiesan... Pero el Doctor ni conoce a las mujeres ni sabe del mundo.... Por eso le tiene un poco asustado. Tú puedes quitarle el miedo. Todo esto

si es que en serio y de verdad te interesa... De otro modo, te aconsejo que no coquetees con él...; ni lo merece, ni ha de prestarse a ello... Es un hombre. Te lo advierto, porque la especie va siendo algo rara. Tú verás si te conviene adquirir uno de los últimos ejemplares

ESCENA XIX

Dichos, el Conde y Eduardo.

CONDE

¿No se almuerza todavía?

VÉLEZ

No tardaremos. Ya sabe usted que en esta casa siempre hay puntualidad. Pero aun falta alguien... El Doctor...

EDUARDO

Vendrá en seguida. Se separó de mí para poner unos telegramas.

VÉLEZ

A tu hermana Felisa con su marido también creo que les esperaban hoy a almorzar.

ROSAURA

Han avisado que no pueden venir.

VÉLEZ

¡Ah!..., entonces... ¿Hay apetito, Conde?

CONDE

Hay aburrimiento, amigo Vélez. En esta abrumadora paz del mar y las montañas, las horas de comer es lo único que rompe la monotonía...

VÉLEZ

Observo que ni el mar ni los campos tienen paar usted el menor atractivo.

CONDE

No me dicen nada...

VÉLEZ

Pues, según mis noticias, lo mismo el mar que esas

montañas tienen su antigüedad. Siquiera por eso debía usted concederles algún mérito...

ESCENA XX

DICHOS y el MARQUÉS DE LAS TORRES.

MARQUÉS

Vélez... Olegario. Perdonen ustedes que no almorcemos todavía... Emilia tiene un disgusto. Almorzaremos sin ella. Está algo indispuesta.

VÉLEZ

¿Qué ocurre?

ROSAURA

¿Qué ha sucedido?

CONDE

¿Está enferma?

MARQUÉS

No. Verán ustedes. Es tan extraño todo. Emilia no quiere que se sepa.

VÉLEZ

Nos alarma usted.

CONDE

Pero ¿qué ha sucedido?

MARQUÉS

Muy desagradable. Emilia, la pobre, se ha afectado mucho.

VÉLEZ

Diga usted.

ROSAURA

Sí, por Dios.

MARQUÉS

Se estaba arreglando para almorzar y parece ser que había dejado el hilo de perlas que ella lleva siempre...

VÉLEZ

Sí, sí.

MARQUÉS

Sobre la mesita que hay en el centro del gabinetito contiguo al cuarto de vestir. La habitación, como ustedes saben, es de planta baja y las ventanas dan a la carretera.

VÉLEZ

Sí, sí.

MARQUÉS

Las ventanas estaban abiertas. Emilia en sus idas y venidas del cuarto de vestir al gabinetito no advirtió nada, pero al ir a buscar el hilo de perlas vió que había desaparecido. Al pronto creyó que lo había dejado por distracción en otra parte, aunque ella creía estar segura de haberlo dejado sobre la mesa. La asaltó la idea de que alguien hubiera podido entrar por la ventana, mientras ella estaba en el tocador, y en efecto, al asomarse a una de las ventanas, vió ya lejos, por la carretera, a un hombre que marchaba apresurado, casi corriendo, y que al llegar al recodo que hace la carretera frente a la villa de los Villapardo, montó en un auto pequeño, que salió a todo correr. Emilia cree que ese hombre ha sido el ladrón. No se explica de otra manera.

CONDE

¿Pero ella ha buscado bien por todas partes? Porque a lo mejor se obceca uno. A mí me ha pasado tantas veces...

MARQUÉS

Sí, sí, está segura de que el collar estaba allí. Ha buscado... En la habitación no ha podido entrar nadie por la puerta, que estaba cerrada... Ni siquiera la doncella... Además, los criados son todos de absoluta confianza...

CONDE

Pero es atrevimiento... En pleno día, a una hora en que no deja de transitar gente...

MARQUÉS

No, a estas horas..., es la hora en que almuerza todo el mundo. Además, el hombre, según dice Emilia, vestía como de operario. Si alguien le hubiera visto saltar...

hubiera creído que era algún obrero que trabajaba en la casa. Si hubiera sido sorprendido dentro, desde la mesa a la ventana hay dos pasos, la ventana es muy baja, y de un salto... Hace falta audacia, pero esa misma audacia asegura la impunidad.

CONDE

Daréis parte en seguida.

MARQUÉS

Ahí tienen ustedes. Esa es la parte desagradable..., sin una seguridad... Emilia no quiere que se sepa. Haremos indagaciones particulares..., pero otra cosa... Viene la publicidad, los comentarios...

EDUARDO

Sí. Opino también que no debe darse publicidad.

CONDE

Pero es escandaloso... En pleno día...

VÉLEZ

Comprendo el disgusto de la Marquesa.

MARQUÉS

Aparte el valor, ya saben ustedes lo que las mujeres se encariñan con sus alhajillas.

VÉLEZ

¿Y es tan baja la ventana que sea tan fácil...?

MARQUÉS

Sí. Vengan ustedes, verán ustedes.

CONDE

Sí, conviene mirar..., alguna huella habrán dejado...

MARQUÉS

Vamos a ver.

CONDE

Sí, vamos. *(Salen el Marqués, el Conde y Vélez.)*

ESCENA XXI

ROSAURA y EDUARDO.

EDUARDO

Estamos en plena novela policíaca... Sherlock Holmes o cosa así... Comprenderás que yo no creo nada. Y lo malo es que no va a creerlo nadie más que mi padre.

ROSAURA

Sí, es un poco extraño. Pero no es imposible. Recuerda lo que sucedió hace poco en casa de...

EDUARDO

Sí, porque recuerdo casos parecidos... Por fortuna no hay interes en denunciar el suceso, porque sería de los que desacreditan a la policía. Como esos atracos en que no aparece nunca el atracador, porque fué la misma supuesta víctima.

ROSAURA

Pero ¿qué supones, qué crees? No, Eduardo, hay que esperar por lo menos.

EDUARDO

Eso sí, esperar... ¡Ah!, Felisa con Gildo. ¿No había avisado que no podía venir?

ESCENA XXII

DICHOS, FELISA y GILDO.

FELISA

¿Cómo estás, Eduardo? ¡Qué buen semblante!...

GILDO

¡Chico, estás magnífico! Cuánto me alegro.

ROSAURA

¡Qué sorpresa! Ya no os esperábamos...

FELISA

Ibamos a ir de expedición con los de Solana y otra gente, pero esta mañana se les puso la abuelita tan mala; la buena señora, con sus ochenta y tantos años, los ha dado un susto... No sé si saldrá... Naturalmente, se des-

barató todo el plan; así es que yo pensé que hoy podíamos venir, ya que nunca se arregla... Luego cree Emilia que es a cosa hecha, y yo, la verdad, cuando no hago las cosas con intención, no me gusta que nadie lo crea...

ROSAURA

Pues habéis venido con oportunidad.

FELISA

¿Sí? ¿Por qué?

ROSAURA

Por nada... Porque ya íbamos a almorzar. Voy a decir que habéis venido. *(Sale Rosaura.)*

ESCENA XXIII

FELISA, EDUARDO y GILDO.

EDUARDO

Luego os explicaréis lo de la oportunidad.

FELISA

¿Sí?... ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

EDUARDO

Ya os enteraréis... Como te conozco, te suplico que te abstengas de los comentarios que seguramente han de ocurrírsete.

FELISA

¿Hay novedades?

EDUARDO

No... Nada nuevo.

ESCENA XXIV

DICHOS, EMILIA, el MARQUÉS, el CONDE, VÉLEZ y ROSAURA.

MARQUÉS

Hola, Felisa... Hija, ¡qué sorpresa!

FELISA

Hola, papá..., Emilia...

EMILIA

Por fin, un día...

FELISA

Ya le hemos dicho a Rosaura lo que nos ha ocurrido.

CONDE

(A Vélez.) En la habitación no hay señales. ¿Usted qué cree, Vélez?... ¿No es muy raro todo en este asunto? Ya hablaremos...

VÉLEZ

Sí, después de almorzar...

MARQUÉS

Cuando ustedes quieran, señores. Creo que nos espera el almuerzo, hoy un poco retrasado. Así habéis podido llegar a tiempo... *(Salen el Marqués, Felisa, Gildo, Vélez, el Conde y Eduardo; quedan solas Emilia y Rosaura.)*

EMILIA

¿Qué quiere usted decirme?

ROSAURA

Ha sido una imprudencia, ha arriesgado usted mucho... No van a creerla a usted.

EMILIA

Pero usted...

ROSAURA

Yo sé que no tendría usted otro medio. Es usted víctima de un *chantage* indigno. Eso es lo que hay que evitar.

EMILIA

Pero ¿cómo? ¡Si usted supiera!...

ROSAURA

Lo supongo, lo sé. Ya hablaremos...; vaya usted, vaya usted...

EMILIA

¿Y usted?

ROSAURA

Voy en seguida. *(Sale Emilia.)*

ESCENA XXV

ROSAURA y JAIME.

JAIME

¿Llego tarde?

ROSAURA

Sí, pero muy a tiempo. ¿Llega usted ahora, verdad?

JAIME

Llegué hace poco y estaba en mi habitación.

ROSAURA

Mejor, así estará más justificado.

JAIME

¿Más justificado? ¿Qué?

ROSAURA

Ya sabrá usted. Tengo que pedirle un favor.

JAIME

¿Usted a mí?

ROSAURA

Una mentira, una mentira sin importancia para usted, pero que importa mucho. Ahora, en la mesa... No, allí no creo que se hable de esto... Después oirá usted contar algo..., ya le diré a usted. Es preciso que usted diga que al llegar ahora, un poco antes, por la carretera vió usted saltar de una de las ventanas de la planta baja, de las habitaciones de la Marquesa, a un hombre.

JAIME

¡Rosaura!

ROSAURA

Sí..., que usted creyó que era un obrero, iba vestido de azul... Le siguió usted con la vista por curiosidad, y lo vió usted montar en un auto, un auto pequeño, también

azul. Cuando se inventa algo no dispone uno de muchos colores. Creerá usted que le hablo en broma... No, es muy serio, se trata de atenuar en lo posible una imprudencia de... ¿Lo dirá usted? ¿No se le olvidará nada?... La ventana, un hombre, el auto... ¿Lo hará usted, Jaime? ¿Me hará usted ese favor? ¿Qué me mira usted?

JAIME

No, no es nada... Es que..., es la primera vez que me llama usted... por mi nombre, Jaime...

ROSAURA

¡Ah! ¿La primera? No recuerdo bien...

JAIME

Sí, siempre me ha llamado usted Doctor..., y esa palabra que en otros es costumbre, en algunos respeto, en usted tenía no sé qué apoyatura irónica. Doctor, para usted, era el hombre serio, grave, insociable...

ROSAURA

¡Por Dios, como decía aquel maestro de baile, cuántas cosas en un minué! ¡Cuántas cosas en una palabra! Pero ya no lo llamaré a usted más Doctor. Jaime siempre, con la confianza que da una complicidad..., porque ya somos cómplices... Y acaso le necesite a usted para seguir nuestra complicidad. *(Entra un Criado.)*

CRIADO

Sólo esperan a los señores para almorzar.

ROSAURA

Sí, vamos, vamos... Ya hablaremos, Doctor... Ya hablaremos, Jaime, ya hablaremos...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA I

EMILIA y ELENA, sentadas. ELENA hace labor. Entra el MARQUÉS DE LAS TORRES.

MARQUÉS

¿No salís esta tarde?

EMILIA

No; ya sabes que hoy tenemos gente a tomar el te. Las muchachas quieren bailar en la terraza.

MARQUÉS

Pero aún es temprano; teníais tiempo de haber dado un paseó.

EMILIA

No me encuentro bien. Y Elena está muy aplicada a su labor.

MARQUÉS

¿Es que estás disgustada?

EMILIA

No.

MARQUÉS

Sí; por lo que hoy dijo Felisa.

EMILIA

No, por eso... no. El caso es que antes no quería venir nunca y ahora viene casi todos los días, por el gusto de soltar indirectas. Tu hija no transige conmigo; lo peor es que influye sobre Eduardo, que ya empezaba a perdonarme... ¡Cómo ha de ser! Mientras no lleguen a influir sobre ti...

MARQUÉS

No des demasiada importancia a lo que diga Felisa... Está nerviosa, disgustada con la situación de su marido. Ella es ambiciosilla, le gustaba que su marido figurase en política. No quiero que te preocupes por nada. Y Elenita también anda tristona estos días. Es natural, te ve a ti disgustada. ¡Señor! ¡Qué difícil es vivir tranquilos! Ahora mismo también yo tengo mi preocupación...

EMILIA

¿Sí? ¿Qué te ocurre?

MARQUÉS

Algo muy desagradable. A la Junta directiva del Náutico parece que han llegado protestas de algunos socios contra Fernando Montes, a quien se acusa de algunas incorrecciones en el juego. No creo que tengan fundamento; pero es desagradable. Yo quisiera arreglarlo todo, porque sentiría que llegaran a medidas violentas. Al fin es un amigo nuestro, frecuenta nuestra casa... *(Entra un Criado.)*

CRIADO

Con permiso de vuecencias... Esta carta para la señora Marquesa.

MARQUÉS

Bueno. Os dejo. Voy al Náutico a enterarme personalmente del asunto.

EMILIA

(Después de haber ojeado la carta.) Espera...

MARQUÉS

¿Qué ocurre?

EMILIA

A propósito de este asunto... Esta carta. Me escribe Estefanía... Lee, toma. *(Dándole la carta.)*

MARQUÉS

(Después de leerla.) Sí; es natural... Un disgusto para todos. Yo no sé qué haya podido ocurrir. Yo, en cuestio-

nes de juego tengo mi criterio. Se trata de una pasión, de un vicio si se quiere... Y, la verdad, pedir corrección y honorabilidad en las pasiones y en los vicios... Pero así anda el mundo, en su código del honor está peor considerado un jugador incorrecto, que un mal padre y que un mal ciudadano... Si ves a Estefanía, dile que yo haré cuanto esté de mi parte por desvirtuar esa mala atmósfera que se ha formado alrededor de su hermano. Lo malo es que Eduardo ha intervenido también en el asunto, supongo que contra su voluntad...

EMILIA

Yo te agradeceré que hagas cuanto puedas en favor de nuestro amigo.

MARQUÉS

Puedes estar segura. Hasta luego. *(Sale.)*

ESCENA II

EMILIA y ELENA.

ÈMILIA

Conseguirán lo que se proponen. ¡Si no fuera por ti, hija mía! Con qué satisfacción renunciaría a todo, iría a refugiarme en el último rincón del mundo, a descansar... ¡Descansar!...

ELENA

¿Si no fuera por mí, dices? En mí es en quien menos debes pensar. ¡Si crees que por haberme traído aquí me has dado la felicidad!

EMILIA

¡La felicidad! Ya sé que no. Porque sabía yo muy bien que todo esto no es la felicidad, no ambicionaba yo tanto; con menos me hubiera contentado. Pero andando a saltos por la vida no se detiene uno donde quiere; se cae donde se puede, y, gracias a Dios, si no se rueda y se cae muy bajo. No maldigas de verte aquí, hija mía, que si no es la felicidad, es por lo menos la seguridad; que

sea de ti lo que quiera, será porque tú quieras, porque lo hayas querido... Tú no sabes lo que es poder decir: Si hice mal, fué porque yo lo quise, no por necesidad, casi por obligación. Pero ver todo lo malo que se ha hecho y preguntarse al fin: Pero ¿es que soy yo así? Si yo no quería, si no he debido ser así nunca... Y ver que los demás nos piden cuenta de una vida que nosotros sabemos que no fué nuestra vida, que no hemos sido lo que los demás creen; y a pesar de ello así seremos ya siempre; y por aquella vida que fué tan poco nuestra, ya siempre han de juzgarnos y de ella hemos de responder siempre.

ELENA

¿Es que no hubiéramos podido vivir de otro modo? A mí no me asusta la pobreza...

EMILIA

¡Hija mía, en las novelas y en los cuentos se puede poetizar con la pobreza; en la realidad, no; no hay poesía posible. Sin la seguridad de lo necesario para la vida, nadie puede responder ni de su misma vida, ni de su honradez, ni de sus afectos más íntimos. Esta es la verdad que yo quiero que sepas y que no experimentes nunca...

ELENA

No me hables con tanta severidad.

EMILIA

Me pareció que me recriminabas por haberte traído a este medio social... Hija mía, los náufragos no eligen puerto.

ESCENA III

DICHOS y ROSAURA.

EMILIA

¡Ah, Rosaura!, ¿tampoco tú has querido salir?

ROSAURA

No, ya sabe usted que ahora salgo poco. Y hoy esperaba que nos dejaran solas. No hemos podido hablar

en estos días. ¡Tenemos tantas cosas que comunicarnos!

EMILIA

¿Cómo agradecerte, Rosaura, todo lo que has hecho por mí?... ¡Cómo me defiendes, cómo me amparas contra todos! Ya has oído hoy a tu prima Felisa; yo creo que sólo ha venido para eso, para insinuar que le había parecido ver el hilo de perlas en una casa de compra y venta; que podíamos averiguar quién ha podido llevarlo, y que ella por discreción no ha preguntado. ¡Por discreción!

ROSAURA

Eso ya está casi olvidado.

EMILIA

Gracias a ti.

ROSAURA

Ahora lo que importa es que nunca puedan amenazar a usted con revelaciones, que en realidad, ya no deben tener importancia para usted, si no hubiera gente interesada en dársela... Mi primo Eduardo es un buen muchacho, de sentimientos generosos... Pero cuando se trata del honor... Esto del honor es una palabra tan amplia y tan vaga... Yo he visto cometer tantas tonterías en nombre del honor, y tantas injusticias, y tantas crueldades... Si alguien con perversa intención hiciera llegar a manos de Eduardo cualquier carta, cualquier prueba de algo, por lo que pudiera creer lastimado el honor de la familia..., sí, sería muy desagradable... Pero contra esa amenaza hay que defenderse con otra amenaza... A esas personas que pretenden explotar el ascendiente que creen tener sobre usted, tanto como el dinero les interesa no perder su situación social, que hoy depende de usted..., de estar admitidos en esta casa, y por todos nosotros.

EMILIA

Sí, eso es lo que ellos temen perder. Por eso se defienden a la desesperada.

ROSAURA

¡Ah!, muy bien; ya sabe usted lo ocurrido en el Náutico.

EMILIA

Sí. Acabo de recibir una carta de Estefanía rogándome... Para mí que sé leer sus cartas entre líneas, exigiéndome que ese asunto no tenga consecuencias deshonrosas para su hermano, que yo haga todo lo... imposible, para que no sea expulsado por la Junta del Club. Y ya sabes que Eduardo forma parte de ella, y Eduardo no transigirá de ningún modo.

ROSAURA

A Eduardo lo convenceremos... le convencerá su amigo Jaime... Además, mi padre tiene gran influencia con la Junta directiva del Náutico. Le deben favores de importancia. Anticipó dinero para la instalación, les ha cedido gran parte de sus acciones... Tienen mucho que agradecerle.

EMILIA

Pero tu padre es natural que piense como Eduardo. No estará dispuesto a defender a quien no puede importarle mucho, si no es que le importa desfavorablemente.

ROSAURA

Mi padre hará lo que yo le diga. Mi padre es muy tolerante. En su amor por las antigüedades el honor lo considera también como antigüedad, casi como antigualla. El asunto se arreglará a satisfacción. Pero claro es que estamos en el caso de imponer condiciones... Todo cuanto pueda ser para usted una amenaza volverá a su poder...; de otro modo es preferible arrostrarlo todo. Si se atrevieran a dar la batalla, no sería usted la que perdería. Felisa y Eduardo y sus amigos significan mucho en esta casa. Pero mi padre y yo también significamos algo. Mientras mi padre y yo continuemos frecuentando esta casa, sus amistades no dejarán de frecuentarla como hasta ahora. Me atrevo a asegurarlo... ¿Por qué llora Elena? ¿Por qué lloras?

EMILIA

Llora... por mí y por ella. Llora de gratitud... ¿No es verdad, hija mía? ¡Estábamos tan solas! Todos en contra nuestra... Y tú, tú, contra quien más nos habían prevenido...

ROSAURA

Lo suponía. Pero como he odiado toda mi vida las previsiones, me he propuesto desmentirlas siempre... ¿Esperaban ustedes la visita de Estefanía?

EMILIA

Vendrá a saber...

ROSAURA

Déjenme ustedes. Yo hablaré con ella..., con toda claridad, como puede hablarse con las personas inteligentes y prácticas... Esas sólo hacen el mal que les conviene y cuando les conviene. Dios nos libre de las personas de pocos alcances que hacen el mal aunque no les convenga... *(Salen Emilia y Elena.)*

ESCENA IV

ROSAURA y ESTEFANÍA.

ESTEFANÍA

¡Ah!, perdone, Rosaura... Me habían dicho que estaban aquí Emilia y Elenita.

ROSAURA

Sí, querida amiga. Estaban aquí y vendrán si usted quiere... Pero como el asunto que le trae a usted más depende de mí, he querido ser yo quien hable con usted claramente. ¿Verdad que no debemos andar con rodeos? Yo la tengo a usted por muy inteligente. Usted tampoco me tiene por tonta..., ¿verdad?

ESTEFANÍA

¡No comprendo qué quiere usted decirme!

ROSAURA

¡Ah, no; eso no! Estamos aquí para comprenderlo todo, querida amiga. Emilia, la Marquesa, cometió la impru-

dencia de deshacerse de su hilo de perlas de un modo que a todos pareció inverosímil, que se ha prestado a comentarios para todos los gustos y no muy bien intencionados. Emilia no disponía de dinero en efectivo; le era muy violento explicar para qué necesitaba ese dinero. En su aturdimiento no se le ocurrió cosa mejor... Si continúa usted haciéndose la desentendida..., porque hablo en el supuesto de que usted está enterada de todo.

ESTEFANÍA

No es que me haga la desentendida. Es que me extraña tanto que usted también esté enterada de todo... No creí yo que entre Emilia y usted pudiera existir nunca esa confianza. Pero en fin, si es ella quien se lo ha dicho a usted... Porque supongo que no ha podido ser más que ella.

ROSAURA

Naturalmente.

ESTEFANÍA

Eso es lo que me extraña. Ustedes tan amigas...

ROSAURA

Después de la guerra europea no hay que extrañarse de nada en cuestiones de alianzas... El caso es que usted con el importe de las perlas debía rescatar unas cartas, unos documentos. ¿No es eso? Que una persona poco delicada había substraído a su hermano de usted.

ESTEFANÍA

En efecto.

ROSAURA

Yo sé que las perlas están todavía en poder de usted..., porque usted no se atrevió a deshacerse de ellas, con muy buen acuerdo.

ESTEFANÍA

Comprenda usted. Se ha hablado tanto en estos días... Aunque sólo los íntimos parecían enterados, ya sabe usted: uno que se lo cuenta a otro en secreto, este otro

a uno más en confianza..., acaba por enterarse todo el mundo...

ROSAURA

Entonces... esos documentos..., ¿no han sido rescatados?

ESTEFANÍA

A costa de algún sacrificio mi hermano ha podido recuperarlos...

ROSAURA

¡Ah!... Entonces Emilia ya no tiene que temer nada. Sólo el peligro de que puedan volver a perderse o a ser robados... Por eso lo más seguro, lo más tranquilizador sería que su hermano de usted entregara de una vez esos papeles...

ESTEFANÍA

¿A usted?

ROSAURA

¿Por qué no?

ESTEFANÍA

¡Ah, vamos! Ahora sí, ya empiezo a comprender... Es que usted desea guardar esas cartas... Muy interesantes, se lo aseguro a usted.

ROSAURA

No lo dudo. Por eso es mi interés. Veo que ha sabido usted ver claro.

ESTEFANÍA

Por supuesto... No podía explicarse de otra manera su interés de usted... Ustedes saben que Emilia ha de hacer cuanto sea posible por que su hija se case con el heredero de esta casa... En el ánimo de todos está que el futuro Marqués no puede casarse más que con usted.

ROSAURA

Pero anda muy reacio

ESTEFANÍA

No creo que tenga usted nada que temer; Emilia es muy hábil..., pero su primo de usted no puede casarse con una muchacha que si tiene un nombre es gracias a un primer matrimonio de su madre...

ROSAURA

Sí, conozco la historia.

ESTEFANÍA

Que ésa sí que no se la habrá a usted contado Emilia... Cuando usted lea esas cartas...; verá usted qué interesante todo... ¡Si el pobre Marqués las hubiera leído antes de casarse!...

ROSAURA

Algún día puede leerlas. No habrán perdido su interés... Unas cartas que valen tanto... ¿Cuánto cree usted que pueden valer?

ESTEFANÍA

En este momento valen...

ROSAURA

Que su hermano de usted no sea expulsado del Náutico; que se reconozca por la Junta su honorabilidad, y que todo quede como si nada hubiera pasado; que ustedes puedan seguir frecuentando esta casa y nuestra sociedad; que yo sea muy buena amiga de usted. ¿Es bastante todo eso?

ESTEFANÍA

Es algo, es mucho. ¿Usted me asegura que mi hermano?...

ROSAURA

¿No será expulsado del Club? Sí, me atrevo a asegurarlo.

ESTEFANÍA

¿Sabe usted que su primo de usted es su mayor enemigo en la Junta, que mi hermano hubiera tenido que desafiarle, si no se hallara por el momento en condi-

ciones que le imposibiliten para plantear una cuestión de honor?

ROSAURA

Sí, comprendo que llegadas las cosas a ese extremo será difícil conseguir que...; pero yo cuento con mi padre que es muy conciliador; cuento con mi tío, con Vélez, con todos mis amigos... Entre todos convencerán a Eduardo.

ESTEFANÍA

Y ¿cómo justificará usted ese interés por mi hermano, por mí? Nunca ha sido usted muy amiga nuestra, como nadie en esta casa.

ROSAURA

Pensarán... lo que quieran. Estoy acostumbrada a que piensen de mí lo más absurdo. Siempre es una ventaja. Mientras piensan en lo absurdo, puede uno hacer lo que le parece, que es lo más que le conviene a uno que no sepa nadie. De cualquier modo, esta misma tarde sabremos a qué atenernos... Usted espera una solución satisfactoria y yo espero esas cartas... ¿Estamos de acuerdo?

ESTEFANÍA

¿Usted me da palabra de que Emilia no sabrá nunca que yo he sido en esta ocasión más amiga de usted que de ella? Verdad es que ella, me duele decirlo, porque sabe Dios cuánto la quiero, pero no ha correspondido a lo que yo tenía derecho a esperar. No ha debido olvidar nunca que a mi hermano y a mí nos lo debe todo: la posición a que ha llegado, que su hija tenga un nombre legítimo; no hablo de situaciones apuradas, de su vida, que sólo ha podido salvar gracias a nosotros.

ROSAURA

Sí, mucho tiene que agradecer a ustedes... Aquí llega mi padre con Manolo Vélez y el Doctor. Discuten muy acalorados. Tal vez de nuestro asunto.

ESCENA V

DICHAS, el CONDE, VÉLEZ y JAIME.

VÉLEZ

¡Hola, Rosaura! Hoy apenas te he visto. Como no hemos almorzado aquí...

CONDE

Señora... *(Saludando a Estefanía.)*

ROSAURA

Sí, es verdad... ¿De qué venían ustedes discutiendo tan acalorados?

VÉLEZ

Una discusión que te interesa... Tu padre ha contagiado a todos de su amor a lo pretérito. Discutía con el Doctor... Parece mentira que un joven y un hombre de ciencia esté por todo lo antiguo. En Arte, en Literatura, en costumbres... Sobre todo con las modas, modales y modos de las muchachas del día no transige... ¿Qué te parece? Doctor, repita usted, si se atreve, delante de Rosaura lo que me decía usted hace poco de esta juventud.

JAIME

¿Para qué? Mejor es que repita usted su elocuente defensa de todo lo moderno.

VÉLEZ

¡Señor!, si es que no comprenden ustedes que en este espectáculo del mundo, como los viejos saben muy bien que no podrán ver lo mucho que aún les queda que ver a los jóvenes, se vengan haciéndoles creer que lo mejor es lo que ha pasado ya, lo que ellos han visto. Oyen a un joven celebrar la hermosura de una mujer: ¡Oh, las mujeres de ahora no valen nada! ¡Con estas modas de las delgadeces! Se aplaude a un tenor: ¡Oh, como ustedes no han oído a Gayarre ni a Massini! A un actor: ¡Aquel Vico, aquel Calvo! ¿Toreros?: ¡Aquel Rafael, aquel Salvador!..., y así en todo... Pues bien: yo, que

no quiero ser un viejo embustero, si les afirmo a ustedes, ahora que tanto se habla de revisión de valores, que el único valor positivo de mis tiempos fué el de Salvador Sánchez *Frascuelo*...

CONDE

Por Dios, Vélez, por Dios, no exageremos.

VÉLEZ

Es que si los viejos tuvieran vergüenza, debían ser los primeros en reconocer la superioridad de los jóvenes. ¿De qué pueden ufanarse unos padres que no han sabido educar a sus hijos? ¿De qué puede estar orgullosa una generación que ha dejado tan malos sucesores? Se habla de la inmoralidad de estos tiempos. ¡Señor!, si yo creo que nunca hemos padecido tal empacho de moralidad. Si la gente de ahora se divierte como los niños con cualquier juguete inocente: el auto, el cine, el gramófono, la radiotelefonía... Vamos a ver: ¿cuándo ha habido en la sociedad de Madrid tantas esposas virtuosas y tantos maridos monógamos? En mis tiempos veía usted todas las tardes en el paseo de coches diez o doce trenes a todo lujo, de otras tantas... entretenidas, decíamos entonces, por grandes señores de nuestra aristocracia. Y nadie se escandalizaba. Aquello formaba parte del ornato público... Ahora... todo es vergonzante y baratito. Da pena ver a tanta mujer guapa a pie por esas calles o en malos coches de alquiler... En mis tiempos, en una tarde de carreras, lo menos que presentaba un grande de España era tres trenes: un *mail coach* para él y sus amigos, una gran *daumont* para la señora, y otra medio *daumont* para la Pompadour de tanda... ¡Así estaba aquel paseo de la Castellana! Y noto que sin querer me refuto a mí mismo, celebrando las glorias de otros tiempos...; pero es por refutar a los que se escandalizan de la inmoralidad de estos tiempos. Cuando en eso sí que hemos atrasado...

CONDE

¿Usted cree que la moralidad significa atraso...?

VÉLEZ

Significa pazguatería, por lo menos, y egoísmo, porque los virtuosos en resumidas cuentas son unos comodones. Con lo que cuesta sostener un solo vicio se pueden sostener todas las virtudes...

ROSAURA

¿Han almorzado ustedes en el Náutico?

JAIME

Sí.

ROSAURA

¿Eduardo también?

JAIME

Sí, también Eduardo.

ROSAURA

Y se ha hablado de ese asunto..., ya saben ustedes.

VÉLEZ

¡Ah! Claro que se ha hablado. Pero está aquí la hermanita... Ya te diré... Muy desagradable todo, muy desagradable...

ROSAURA

(A Estefanía.) Ahora mismo hablaré a mi padre.

ESTEFANÍA

Yo dejo a usted. Así podrá usted hablarles con mayor libertad. Usted dirá cuándo puedo saber...

ROSAURA

(Muy efusiva.) ¿No faltará usted esta tarde a tomar el te? También vendrá su hermano de usted... Les esperamos a ustedes. Ya sabe usted que siempre tenemos mucho gusto en verles y en esta ocasión con mayor motivo. Ni mi padre, ni yo, ni ninguno de estos señores, ha creído nunca que su hermano de usted haya podido cometer ninguna incorrección... ¿Verdad, señores, que ustedes no lo han creído, que no lo cree nadie...? Hasta luego, querida amiga, hasta luego. *(Sale Estefanía.)*

ESCENA VI

ROSAURA, el CONDE, VÉLEZ y JAIME.

CONDE

¡Pero Rosaura, hija! Cualquiera te entiende. Siempre te había parecido muy mal esta señora y de pronto..., tan efusiva con ella, rogándola que no falte al te esta tarde, que no falte su hermano tampoco. Pues sí que se te ha ocurrido a tiempo la invitación. No sabes que Eduardo casi ha desafiado al hermano de esta señora, no sabes que a estas horas le habrán expulsado del Náutico, no sabes...

ROSAURA

Sé que ahora mismo vas a ir tú a impedir que nada de eso suceda.

CONDE

¿Yo? Tú estás loca, hija mía.

ROSAURA

Después de todo, ¿qué ha sucedido para esas determinaciones tan destempladas? Fernando Montes no ha hecho más que defender a un amigo suyo, al que alguien acusaba de una incorrección en el juego.

CONDE

Pero ese amigo es un caballero de industria.

ROSAURA

¿Y por qué le habían admitido en el Club?

CONDE

Porque le presentaron personas de respetabilidad...

VÉLEZ

Sí, lo de siempre. En estos círculos sociales, en donde sólo se vive del buen parecer, en cuanto el diablo tira de la manta por cualquier punta, unos más, otros menos, nadie escapa de cómplice o de encubridor. Por eso lo más prudente es taparse unos a otros todo lo que se pueda.

CONDE

A mí no podrán decirme que haya presentado nunca a personas de que yo no estuviera tan seguro como de mí mismo. Pero en estos tiempos se ha abierto la mano y éste es el resultado. Yo sé que Montes personalmente no ha cometido ninguna incorrección; si salió a la defensa de su amigo fué porque en realidad la jugada era muy discutible. Hubo nerviosidad, no puede probarse que hubiera mala fe.

ROSAURA

¿Lo ven ustedes? Digan ustedes que se buscaba un pretexto para poner a Fernando Montes en entredicho y con él... a otras personas... A nosotros en primer término.

CONDE

¿A nosotros? ¿Por qué? Yo si saludo a ese sujeto es...

ROSAURA

Porque está admitido en todas partes, porque no hay razón para no admitirle, porque es un caballero y su hermana una mujer distinguida, inteligente...

CONDE

¡Vaya, eres incomprensible!

ROSAURA

¡Incomprensible! Es una palabra que tiene el don de atacarme a los nervios... Bueno; lo que yo te digo es que ahora mismo vas a ir al Náutico, y vas a hablar con todos los de la Junta, y vas a convencerles de que Fernando Montes no ha cometido ninguna incorrección, que tú respondes de él como de ti mismo.

CONDE

¿Yo? Déjame de belenes. Yo no respondo de nadie. Allá cada uno.

ROSAURA

Manolo, convence a mi padre. Tú ya sé que estás convencido.

VÉLEZ

¿Yo? ¿De qué?

ROSAURA

De que tengo mucha razón. Llévate ahora mismo a papá y no volváis sin haberlo arreglado todo. Ahora mismo, ahora mismo. No me digas que no puede ser.

CONDE

¿Pero ustedes oyen? ¿Pero qué te importa a ti, muchacha, esto? ¿Por qué ese interés por unas personas que a nosotros particularmente, por todo lo que se dice, por lo que sabemos?...

ROSAURA

Lo que se dice... No incurras en esa vulgaridad. Y no me contraríes como siempre.

CONDE

¡Como siempre! Pero no comprendes que nadie va a poder explicarse que yo...

ROSAURA

¡Qué afán de buscar razones para todo! ¿Quieres una razón? Yo tengo que agradecer un favor a la hermana de Fernando Montes.

CONDE

¿Qué favores tienes tú que agradecer a esa señora? Pero si apenas la saludabas. Me trastornas, me quitas la vida...

ROSAURA

Manolo sabe que es verdad...

VÉLEZ

Sí, yo lo sé todo.

ROSAURA

Y el Doctor lo sabe también, ¿verdad, Jaime?

JAIME

Si me pone usted en el caso de mentir a cada momento...

ROSAURA

No, el Doctor no sabe nada. No vaya usted a condenarse por una mentira. Pero ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué no habéis ido ya? Vamos, Manolo, tú que no eres tan serio, ni tan puritano... Comprenderás que cuando yo os pido que lo arregléis todo en seguida..., es por algo, por algo.

CONDE

Por algo... ¡Vaya usted a saber!

VÉLEZ

Vamos, Conde. No contrariemos a Rosaura. Yo siempre creo en ella, hasta cuando se equivoca... Sus razones tendrá.

CONDE

Pero ¿no comprende usted, amigo Vélez..., que voy a ponerme en ridículo?...

VÉLEZ

Sí, comprendo. Pero, después de todo, mire usted: si se expulsa a Montes y a su amigo, hay que expulsar a Robledo, que presentó al amigo; y Robledo es secretario de Mondéjar, y Mondéjar es cuñado de Ibarrola, y a Ibarrola..., ya sabe usted lo que le sucedió el verano pasado con el hermano de aquella amiga suya... Y, en fin, que para vivir en sociedad, lo mejor es acarrarse, como los borregos en el campo, para darnos sombra unos a otros. Créame usted, créame usted... *(Salen el Conde y Vélez.)*

ESCENA VII

ROSAURA y JAIME.

ROSAURA

(Al ver que Jaime no habla, coge un libro de varios que habrá sobre una mesa, o en un pequeño estante, y sale. Jaime queda dudoso un momento, coge otro libro, y sale también. A poco vuelve a cambiar el libro por otro y en seguida vuelve Rosaura; el mismo juego. Sorprendida al ver a Jaime.) Por otro libro...

JAIME

También yo... Por otro libro...

ROSAURA

No encontrará usted nada serio. Novelas...

JAIME

¿Cuál le parece a usted mejor?

ROSAURA

Yo tengo un gusto pésimo para mis lecturas... Folletinescas... Elija usted mismo. *(Viendo que Jaime ya no se acuerda para nada del libro.)* ¿No se decide usted?... ¿Qué quiere usted decirme?... Sabe usted que hay preguntas indiscretas...

JAIME

Por eso me abstengo de preguntar nada.

ROSAURA

Pero le advierto a usted que hay silencios más indiscretos que las preguntas. El de usted en este momento.

JAIME

¿Cómo puede ser indiscreto un silencio?

ROSAURA

Cuando lo que se desea es preguntar, y no se pregunta por miedo a saber... Yo le hice a usted cómplice de una mentira, y usted no me ha preguntado todavía por qué le obligué a usted a mentir... Por cierto que mintió usted muy mal..., sí, sí... Hablaba usted entre dientes, sin atreverse a mirar a nadie, parecía como si quisiera usted decir: Háganme ustedes el favor de no creer una palabra de lo que estoy diciendo, y así fué... ¡Sabe Dios lo que habrá usted pensado de esa complicidad y de mí! Ahora me ha visto usted interesada por algo... que usted no se explica, no comprende. ¿Qué puede a mí importarme de Fernando Montes, ni de lo ocurrido en el Náutico, ni de su hermana?... ¿Por qué parezco con mi padre, al pedirle su intervención en ese asunto, una chiquilla caprichosa, mimada? ¿Por qué todo esto? ¿Y por qué me

importa que usted quiera saber la razón de todo?...; ¿y por qué me importa que usted no crea de mí... lo que yo misma he creído siempre, porque yo misma no he podido saber nunca cómo soy, lo que soy?... En esta existencia tan fácil, tan frívola, ¿cómo puede uno saber de lo que es capaz, ni para lo bueno ni para lo malo? Yo quisiera saberlo... Sí, aun a costa de nuestra tranquilidad, es necesario en nuestra vida una ocasión en que poner a prueba el temple de nuestro carácter; algo que pueda darnos la medida de nosotros mismos. La paz, sin haber pasado por la guerra, es una triste cosa... La paz sólo puede tener un nombre glorioso: La victoria.

JAIME

Nuestra pobre vida no es por lo regular más que una serie de acciones insignificantes; con ellas nos disgregamos, nos perdemos... Sólo una acción fuerte, intensa, puede unificarnos, por decirlo así. Pero no siempre hay ocasiones de mostrarse heroicos; aun en esas ocasiones, ¡qué sabemos lo que pertenece a la ocasión y lo que nosotros ponemos!... Pero ya dijo Hamlet que el heroísmo acaso esté en buscar las ocasiones, no en esperarlas...

ROSAURA

No creí yo pensar como Hamlet; me lisonjea...

JAIME

De Hamlet todos tenemos un poco; siempre que la acción nos solicita y el pensamiento nos acobarda... Cansada de esperar, ¿ha buscado usted una ocasión heroica?

ROSAURA

Ni la ocasión es extraordinaria, ni puede serlo el heroísmo. He querido hacer algo... Eso es todo. Mezquina la empresa, mezquinos los medios, no muy nobles las armas...; intriguillas de sociedad, mis nervios de niña mimada... Ya ha visto usted... Eso es todo...

JAIME

Pero si usted está segura de haber hecho bien...

ROSAURA

Yo, sí. Sólo me falta una seguridad.

JAIME

La de que les parezca bien a los demás.

ROSAURA

No; ese es mi miedo.

JAIME

¡Tan triste opinión tiene usted de los demás!...

ROSAURA

De todos, no... Usted no sabe lo que yo pensaría de quien..., aunque yo hubiera hecho mal, creyera siempre que había hecho bien.

JAIME

Y si yo lo creyera, si yo no pudiera creer otra cosa de usted... siempre.

ROSAURA

Espere usted. No nos engañemos... Y no quiero decir uno a otro; quiero decir a nosotros mismos.

ESCENA VIII

DICHOS y EDUARDO.

EDUARDO

¡Hola, Jaime!

JAIME

¡Hola! ¿Qué te sucede? ¿Otro disgusto en el Círculo?

EDUARDO

Ya no te irás tú solo; por pronto que te vayas, me iré yo antes, hoy mismo.

JAIME

No, Eduardo. Vas a disgustar a tu padre.

EDUARDO

¿Qué importa? Desde que esta casa no es suya, mal puede serlo mía. Cualquiera dispone, manda en ella... Sólo nos faltaba la nueva alianza... Tenía que suceder... Habían de entenderse.

ROSAURA

Empiezan las alusiones...

EDUARDO

No, sin alusiones, hablaré muy claro. ¿Puedes decirme por qué ese interés en favor de los amigos de esta señora? ¿Por qué has obligado a tu pobre padre a ponerse en ridículo solicitando de la Junta del Náutico, como favor especialísimo, que no se llegará a ningún extremo violento, que todo quede como si nada hubiera sucedido, como si nada se supiera? Claro es que a tu padre no se le podía negar. Ya estás satisfecha. Pero ahora sí, esas personas no volverán a poner los pies en esta casa, aunque tú los protejas, aunque tu padre les autorice...

JAIME

¡Eduardo! No creo que valga la pena; por lo que yo he oído, el asunto no es tan grave...

ROSAURA

El asunto era poner en evidencia a esa persona por el solo delito de su amistad con Emilia. Se buscaba un pretexto; cualquiera era bueno.

EDUARDO

En tu casa, con tu padre puedes imponer tu... falta de criterio moral. En esta casa, por lo menos mientras yo esté en ella, sabré imponer el mío.

ROSAURA

No es muy generoso. Me quedo con el mío.

EDUARDO

Es natural. ¡Has de necesitarlo tantas veces!

ROSAURA

Es posible. ¿Quién sabe lo que la vida puede depararnos? Es preciso ser muy fatuo para asegurar de una vez para siempre nuestra conducta futura.

EDUARDO

Cuando no se está muy seguro de nuestra conducta futura..., como tú dices, no es mala precaución rodearse de gentes de amplio criterio moral... Tolerancia. ¿No es eso? Así viviremos en la más agradable sociedad; así, el día menos pensado, por esta urdimbre de tolerancias y complicidades, alguno de los retratos que con la más expresiva dedicatoria figuran en nuestras habitaciones, al lado, muchas veces, de los retratos de nuestros padres, de nuestros hermanos, lo vemos con espanto aparecer en algún periódico, entre los de una banda de estafadores y criminales.

ROSAURA

Por suerte o por desgracia no creo que estamos rodeados de gente tan importante.

EDUARDO

Deja ese fácil humorismo que tú crees de una gran distinción espiritual. No están los tiempos para jugar con las palabras ni con las ideas. Hoy todos estamos frente al enemigo y no hay nadie, ni grande ni pequeño, que no tenga una gran responsabilidad de sus acciones y de sus palabras.

ROSAURA

Perdona... Si yo hubiera sabido la trascendencia de mi intervención en este asunto...

EDUARDO

Intervención inexplicable en favor de ese hombre... Ese hombre, traído a esta casa por esa señora que hoy lleva el nombre de mi padre..., ¡nuestro nombre! Ese hombre, uno de tantos de los que viven y campan en sociedad valiéndose de unas amistades para captar otras, de los que nadie sabe decir lo que son ni de dónde proceden. ¿Usted sabe quién es éste? No sé; sé que es amigo

de Fulano..., por él lo conozco... Se pregunta a Fulano: ¿Usted le conoce? Yo le conozco porque es muy amigo de Mengano... Siempre es el amigo de otro, y así logran ser amigos de todo el mundo, vivir entre la mejor sociedad, lograr crédito, que un día se aprovecha para dar por fin el golpe, que a todos sorprende y a todos asusta... Pues bien: yo no quiero que esta casa sea guarida en que se prepare ningún golpe. Ya lo sabes; esas personas no volverán a poner los pies en esta casa, por lo menos mientras yo esté en ella. Estaré muy poco. Mañana lo más tardar me iré a Madrid y pronto allá otra vez. Ya lo sabes, Jaime, nos iremos juntos.

ROSAURA

¿También quieres complicar a Jaime en tu indignación y en tus desconfianzas?

EDUARDO

Mal haría en quedarse.

ROSAURA

Está bien. Sólo te advierto que Fernando Montes y su hermana vendrán esta tarde a tomar el te invitados por mí particularmente. Espero, te agradeceré que no cumplas lo que has prometido. Sería lamentable para todos...

EDUARDO

Para todos los cómplices...

ROSAURA

No hay complicidad de nadie. Soy yo, yo sola, la que necesita que esas personas sean hoy recibidas en esta casa.

EDUARDO

Y yo me opondré a ello. No les basta con exigir dinero..., quieren también consideración social. Ese es el precio de su *chantage*, de los secretos que guardan, para ofrecerlos al mejor postor.

ROSAURA

No, Eduardo. ¿Quieres saberlo todo? Pues bien, soy yo, yo la que necesitaba recoger unas cartas impruden-

tes... Mías... Estefanía se ofreció a ello, porque tiene gran ascendiente con la persona que podía devolverlas. Lo menos que yo podía hacer era influír para que su hermano no fuera expulsado del Club... Esa es toda la complicidad. Ni Emilia, ni el nombre de tu padre, ni esta casa, tienen nada que ver en todo esto. Son mis locuras, mis imprudencias... de chiquilla mal educada. ¿Lo dudas? Será la primera vez que no crees algo malo de mí.

EDUARDO

¿Tú dirás qué puede creerse? ¿Cómo podía yo explicarme tu interés por esas personas?

ROSAURA

Ahora... ya te lo explicas.

EDUARDO

No sé, no sé... ¿No podías haberte servido de personas más dignas?... Yo mismo hubiera obligado a quien fuera a...

ROSAURA

¿Tú? No. Hubieras empezado por acusarme; me hubieras asustado..., no me hubiera atrevido a confiarte nada... Los impecables no servís para confesores..., ni para amigos siquiera.

ESCENA IX

DICHOS y ELENA con muchas flores.

ELENA

Perdonen ustedes. Creí que estarías sola.

ROSAURA

¿Me buscabas?

ELENA

Sí. Mamá te agradecería que nos ayudaras a disponerlo todo... Tú tienes más costumbre, mejor gusto... ¿No te molesta?

ROSAURA

Al contrario. Vamos cuando quieras... *(Salen Rosaura y Elena.)*

ESCENA X

EDUARDO y JAIME.

EDUARDO

Como si fuera su mejor amiga. ¡Chiquilla sin juicio!... No... Y será verdad todo lo que ha dicho...

JAIME

¿Tú lo has creído?

EDUARDO

¿Cómo no creerlo? Son sus atrevimientos... Lo mismo que la carta que sorprendió una mujer celosa y corrió de mano en mano para dar que reír..., es cierto; pero qué triste es que una mujer haga reír a los necios y a los desocupados... Lo mismo habrá escrito otras cartas..., a cualquiera, con la misma despreocupación, con la misma ligereza. Habrán caído en manos de alguien poco escrupuloso. Esa señora se habrá ofrecido a recuperarlas...; ¡qué más quiere esa gente que poseer el secreto de una debilidad, de una imprudencia de quien puede servirles para sus fines!... Esa gente sabía que sólo por Emilia su situación en esta casa no era muy segura y han buscado el modo de congraciarse con Rosaura, y ella les ha dado los medios con sus imprudencias... Sí, eso ha sido... De otro modo no puede explicarse su interés en que sigan siendo admitidos por todos nosotros, cuando ella es la primera en saber de qué clase de personas se trata, cuando sabía que yo estaba dispuesto a todo para que no volvieran a presentarse en esta casa... Y ahora pueden hablar alto, ya cuentan con mi prima, la niña mimada en sociedad, porque es el juguete a la moda que les divierte, hasta el día en que se cansen de él y lo destrocen... como a todo el que se presta a servir de juguete. No quisiera más que ser ahora su hermano.

JAIME

¿Nada más que su hermano? Estoy seguro de que Rosaura ha mentido... Por heroísmo, un pequeño heroísmo... Rosaura vale más de lo que tú crees... Es decir, vale todo lo que tú deseas que valga.

EDUARDO

Claro está que lo desearía... Me duele que al despreciar el juicio que puedan tener de ella los indiferentes, desprecie también el de los que la estiman y la quieren.

JAIME

Como tú la quieres...; no eres franco conmigo, Eduardo... No lo has sido nunca que te he hablado de esto... Tal vez no lo has sido contigo mismo.

EDUARDO

¿Qué quieres decir? No te entiendo.

JAIME

¿Me permites que por un instante me revista de la investidura profesional para hacer un diagnóstico?

EDUARDO

¿Qué piensas?

JAIME

(Tomándole el pulso.) Que estás enamorado de tu prima...; que el padecimiento es antiguo, y que lo has descuidado mucho...

EDUARDO

¡Bah! Deja esas bromas. Pues sí que es para creerlo por nada de lo que nos has oído...

JAIME

¿Por qué? ¿Por tus recriminaciones, por tu indignación? Cuanto más calor ponías en ellas, más sonaban a cariño; cariño que se defiende, es verdad, cariño que busca razones para no querer...

EDUARDO

Permíteme a mi vez que te diga que en esta ocasión no se acredita tu ciencia de perspicaz. Tus observaciones

adolecen de ciencia a la moda, esa *psicoanálisis* tan sugestiva y tan ocasionada a equivocaciones...

JAIME

Cuando el paciente no se presta a la confrontación consigo mismo. Y si yo te dijera que Rosaura también te quiere, acaso también... sin quererlo saber.

EDUARDO

¡Bah! Y si te digo que eres tú el que habla como celoso...

JAIME

¿Celoso? No, te lo aseguro. Te diré que tu prima, a otro más vanidoso que yo, hubiera podido hacerle creer que le interesaba... A mí, no; he visto claro que si algo le interesaba en mí, era el juicio que yo pudiera formar de ella, la seguridad de si un hombre serio sabría apreciar sus buenas cualidades, de que ella misma desconfiaba; yo he sido para ella el espejo a que se ha asomado para saber después de haberse visto en él, como ella deseaba, si podía enamorar al que ella quería... ¿Tú crees que si de mí le importase se hubiera acusado delante de mí de imprudencias... que no ha cometido?

EDUARDO

Delante estaba yo también. Si le importa de mí como dices... estamos en el mismo caso...

JAIME

No. Ante ti se ha acusado con demasiada saña contra ella misma, como respuesta a tus desconfianzas, a tus sospechas...: como quien se complace en agravar un peligro, porque está seguro de salvarlo; como quien sabe que podrá probar que mintió al acusarse, y que hicieron mal los que creyeron verdad la acusación.

EDUARDO

Entonces, ¿tú crees que Rosaura ha mentido... que se ha calumniado?...

JAIME

No lo dudes. No ha hecho otra cosa en toda su vida. Ni de este diagnóstico, ni del otro, rectifico en nada.

EDUARDO

Pero ¿tú..., tú no sabes que yo deseaba verte enamorado de Rosaura ..., por ella y por ti? Creía que eras el único capaz de comprender lo que, a pesar de todo, yo sé que hay de bueno en ella.

JAIME

¡Qué generosidad si en efecto estabas seguro de las buenas cualidades de tu prima! Muchas gracias si desconfiabas de ellas y buscabas a mi costa el desengaño. Tú, como ella, buscabas tu seguridad. No estabas seguro de lo que pensabas de ella, y querías saber si estabas o no equivocado. Como el que va al teatro, le agrada la comedia, pero no se atreve a tener opinión, hasta que lee los periódicos al día siguiente... Si yo tuviera vanidades de conquistador, mi situación sería muy poco airosa; por fortuna, mi amor propio como hombre de ciencia se ha salvado; ¿tú crees que valía la pena de haberte operado tan cerca del corazón para no conocerle? Atrévete a negar que esta operación no ha sido también certera...

EDUARDO

No lo sé. Acaso sí, es posible... Pero tú crees, tú estás seguro de que ella..., y estás seguro de que ha mentido, y estás seguro...

JAIME

Basta, basta. No me pidas tantas seguridades. Mi ciencia se limita en esta ocasión a diagnosticar... Recordemos a Hipócrates. El arte es largo, la vida es breve, la experiencia dificultosa...

EDUARDO

Viene mi tío con mi padre y Vélez. Vendrán del Club... No quiero verlos, no quiero saber nada.

JAIME

¿Para qué? Ya sabes todo lo que necesitabas saber... Vamos...

ESCENA XI

El Marqués de las Torres, el Conde y Vélez.

MARQUÉS

Me felicito y les felicito a ustedes por tan satisfactoria solución. No podía por menos. No había razón para otra cosa.

CONDE

Por fortuna se han convencido pronto.

VÉLEZ

Como siempre, los más recalcitrantes eran los que cualquier día pueden verse en el mismo caso. La competencia es dura. Como decía una amiguita mía en el Casino de Deauville: Si van a permitir entrar aquí a todas, ¿cómo vamos a distinguirnos?

CONDE

Ya estará contenta mi hija. Nunca la he visto con tanto interés por nada. ¿Dónde está? Vamos a decírselo.

ESCENA XII

Dichos y Doña Jacobita.

DOÑA JACOBITA

¿Dónde está Emilia? ¿La han visto ustedes?

MARQUÉS

Estará vistiéndose para el te.

DOÑA JACOBITA

Pero ¿quién sabía que esta tarde tendríamos aquí gente? Nadie me ha dicho nada. Verdad es que yo importo tan poco...

MARQUÉS

Sí, Jacobita; si se habló de ello anoche y esta mañana en el almuerzo.

DOÑA JACOBITA

No he oído nada, y el caso es que... Yo no sé qué hacer ahora, es un apuro...

MARQUÉS

Pero ¿qué te ocurre?

DOÑA JACOBITA

Que habíamos quedado en reunirnos las señoras de la Junta de la Novena a la Virgen de los pescadores y van a encontrarse con la gente del te.

MARQUÉS

Y que hoy es con música. Los muchachos querían bailar esta tarde.

DOÑA JACOBITA

¡Figúrate! ¿En dónde meto yo a esas señoras?

VÉLEZ

Sí, en efecto; organizar una novena a los... desacordes de un *jazz-band*...

DOÑA JACOBITA

Como yo soy la última en enterarse de todo... Como yo no soy nadie en esta casa...

MARQUÉS

No seas chiquilla. Las recibes en mi despacho. Desde allí apenas se oye la música.

ESCENA XIII

DICHOS, FELISA y GILDO.

FELISA

¿Qué tal? Jacobita..., Olegario...

MARQUÉS

¡Qué puntualidad!

FELISA

Venimos a deciros que no podemos venir, mejor dicho, que no podemos quedarnos al te. Pero no dirá Emilia que ahora, poco o mucho, no venimos todos los días...

MARQUÉS

Así debe ser... ¡Siempre tan divertidos!

FELISA

¡Ay, no, aburridísimos! Y yo siempre con una intranquilidad... Esperando que a Gildo le metan en la cárcel. Como no sabe decir más que lo que piensa... Ya se lo digo: A ver si por una tontería tenemos un disgusto.

VÉLEZ

(Aparte al Conde.) Felisa daría cualquier cosa por ver en la cárcel a su marido. Cree que eso le colocará muy bien para el día de una restauración.

GILDO

No haga usted caso a Felisa. Yo no digo nada, ni el más ligero juicio, yo no tengo opinión. Obediencia al jefe es la consigna.

VÉLEZ

Y el jefe...

GILDO

Consagrado al estudio. Ahora prepara un libro en que se demuestra hasta la saciedad que el país nunca estuvo tan mal como ha querido suponerse.

VÉLEZ

Eso he pensado yo siempre. Pero, amigo mío, ustedes entre unos y otros, cuando les tocaba de oposición eran los primeros en hacérnoslo creer..., y tanto lo dijeron ustedes que acabamos todos por creerlo. No se quejen ustedes ahora, porque al desacreditarse unos a otros, fué en lo único que les hacíamos a ustedes caso. Y que son muy peligrosas las peloteras familiares en presencia de los niños y de los pueblos...

ESCENA XIV

DICHOS, EMILIA, ELENA y ROSAURA.

EMILIA

Señores..., Felisa...

FELISA

Ahora no dirá usted que no frecuento esta casa.

EMILIA

Es verdad...

DOÑA JACOBITA

Pero yo no sabía que esta tarde tendríamos tanta gente.

MARQUÉS

Jacobita está muy apurada. No sabe qué hacer con las señoras de la Novena.

EMILIA

Pueden tomar una taza de te. Ya empieza a llegar gente. ¿Les parece a ustedes que pasemos al jardín?

FELISA

¡Preciosa *toilette,* Emilia, de muy buen gusto!

EMILIA

Eres muy amable... ¿Nos acompañan ustedes?

MARQUÉS

Sí, vamos...

ROSAURA

Manolo, tú quédate..., te necesito. *(Salen todos menos Vélez y Rosaura.)*

ESCENA XV

ROSAURA y VÉLEZ.

VÉLEZ

¿Hay novedades?

ROSAURA

Necesito que entretengas a Eduardo en la sala de billar, en cualquier parte, para evitar que esté aquí cuando llegue Fernando Montes con su hermana.

VÉLEZ

¿Insiste en dar un espectáculo?

ROSAURA

No sé. Le ha molestado tanto que yo haya intervenido en favor de Montes... Le he dicho las razones que tenía para ello y aún ha sido mayor su indignación...

VÉLEZ

Tales pueden ser las razones...

ROSAURA

¿Cuáles crees tú que pueden ser?

VÉLEZ

¡Qué sé yo! Lo que temo es que te hayas comprometido demasiado con esa gente, que no merece que te intereses por ella.

ROSAURA

Ellos ya sé que no... Me intereso...

VÉLEZ

¿Por quién?

ROSAURA

Por quién ha de ser, por mí...

ESCENA XVI

DICHOS y EDUARDO.

EDUARDO

Montes y su hermana llegan en este momento... Tú dirás lo que debo hacer..., si no eres tú quien les advierte que deben retirarse de esta casa...

VÉLEZ

Eduardo, nada de violencias.



ROSAURA

Te he dicho la verdad. He sido yo quien les ha invitado... Necesito, ¿lo entiendes?, que en esta casa no se les haga el menor desprecio. Así lo he prometido. Es cuestión de honor para mí... Y puedes interpretar la palabra honor en este caso del modo más caballeresco...

EDUARDO

¿Tanto te importa recoger esas cartas?

ROSAURA

Tanto...

EDUARDO

Y si yo te dijera que no lo creo, que no es esa la razón de tu interés ni puede serlo...

ROSAURA

No tengo el menor interés en convencerte... Si esa razón no te convence busca otra... *(Viendo llegar a Fernando Montes y a Estefanía.)* Pero puedes convencerte muy pronto...

EDUARDO

Seguramente...

ESCENA XVII

DICHOS, ESTEFANÍA, el CONDE, FERNANDO MONTES y el MARQUÉS DE LAS TORRES.

CONDE

Aquí está Rosaura... Estefanía preguntaba por ti.

MONTES

(A Rosaura.) Permítame usted que le agradezca en cuanto valen sus buenas ausencias... Ya me ha dicho mi hermana que he tenido en usted mi mejor defensora. Sabré agradecerle siempre...

ROSAURA

En esta casa no tienen ustedes más que buenos amigos.

MONTES

Quiero creerlo... Aunque yo sé que hay alguien...

ROSAURA

No tema usted... *(A Estefanía.)* ¿Recogió usted mi encargo?

ESTEFANÍA

Sí. ¿Desea usted que lo entregue ahora mismo?

ROSAURA

Sí. ¿Por qué no?

ESTEFANÍA

(Entregándole un paquetito de cartas.) Aquí tiene usted. *(Rosaura lo deja sobre la mesa.)*

ROSAURA

Mil gracias. ¿Cómo pagar a usted?

ESTEFANÍA

Que su buena amistad me corresponda siempre.

VÉLEZ

(A Eduardo, aparte.) Pero ¿quieres decirme qué significa esto?

EDUARDO

No sé cómo puedo contenerme. Era verdad.

VÉLEZ

Verdad, ¿qué? ¿Qué secretos puede haber entre Rosaura y esa señora?... Me asustan sus locuras...

ROSAURA

¿No han saludado ustedes a Emilia todavía?...

ESTEFANÍA

No... Entramos por la biblioteca; aún no hemos pasado al jardín... Creo que está muy animado...

ROSAURA

Sí, mucha gente. Vayan ustedes... Papá, acompaña a Estefanía. *(A Montes.)* Usted conmigo...; Manolo, hazte

cargo de este paquetito hasta que yo lo recoja. ¿No vienes tú, Eduardo?... Hasta ahora.

EDUARDO

(A Rosaura.) No dirás que no he soportado su presencia... Ya estarás satisfecha...

ROSAURA

Sí lo estoy... Más de lo que puedes figurarte. *(Salen todos menos Eduardo y Vélez.)*

ESCENA XVIII

EDUARDO y VÉLEZ.

VÉLEZ

Son éstas las cartas, y son de Rosaura, y son comprometedoras...

EDUARDO

Ella lo dice.

VÉLEZ

Y yo no lo creo... Rosaura quiere burlarse de alguien...

EDUARDO

No será de mí...; trae esas cartas. *(Quitándole las cartas de la mano.)*

VÉLEZ

¿Qué vas a hacer?

EDUARDO

Llama a Rosaura... Dile que las cartas están en mi poder, que te las he arrebatado a la fuerza, que estoy decidido a leerlas..., a saber la verdad... Veremos si se apresura a impedirlo.

VÉLEZ

Si no es más que eso... En seguida. Pero oye, prométeme que no harás lo que dices, que no leerás esas cartas...

EDUARDO

Llama a Rosaura... *(Sale Vélez.)*

ESCENA XIX

EDUARDO y después JAIME.

EDUARDO

(Eduardo queda con las cartas en la mano, y después de dudar, desata el paquete.) ¡Bah!

JAIME

(Al ver lo que se dispone a hacer Eduardo corre a detenerle.) ¿Qué vas a hacer?

EDUARDO

Es tan fácil salir de dudas...

JAIME

Pero es una indignidad..., cualquiera que sea el secreto...

EDUARDO

Con guardarle yo a mi vez..., qué importa que yo sepa...

JAIME

Argucias contigo mismo... ¿Ves cómo yo tenía razón? Si no la quisieras no cometerías por ella esa indignidad...

EDUARDO

Pues bien, tienes razón..., pero no me detengo...

JAIME

Espera todavía... Si esas cartas no fueran de Rosaura, si fueran de otra persona... ¿Me prometes que no tomarás ninguna determinación contra ella?

EDUARDO

Es que tú sabes...

JAIME

Es una sospecha..., una suposición...; Rosaura me habló antes... Espera...

ESCENA XX

DICHOS y EMILIA.

EMILIA

Yo suplico a usted que no lea esas cartas... No por mí, por Rosaura.

EDUARDO

¿Por ella?

EMILIA

La ofende usted sólo con dudar. Y ¿por qué duda usted? Porque no puede usted explicarse el desinterés de una acción noble, generosa...; porque es más fácil creer que Rosaura ha podido comprometerse por una ligereza de las suyas... que por defender y amparar a quien se halla indefensa ante un pasado que es siempre acusación y amenaza... ¿no es eso lo que usted cree?... ¡Pobre Rosaura! No sospechaba ella que tan pronto iba a tener un pasado, por el que han de juzgar ya toda su vida...

EDUARDO

Entonces...

EMILIA

No le digo a usted... lea usted esas cartas..., porque Rosaura sería quien se ofendiera... Rosaura necesitaba, quería creer en ella...; pero necesitaba también creer... en los que la quieren... Por eso no le digo a usted: lea y no dude más de Rosaura, porque esas cartas son ya más un secreto de su corazón que un misterio de mi vida.

EDUARDO

Aseguro a usted que yo no sospechaba siquiera que pertenecieran a usted...

EMILIA

Sí, esas cartas son de un pasado todo lo vergonzoso que usted se imagina, pero un pasado qué yo no oculté nunca, aunque no dudo que en esas cartas no parezca más implacablemente acusador... Pero yo espero, yo sé... que el deseo de dignificarme, de redimirme, el haber aceptado del hombre generoso que supo perdonarlo todo una posición, de la que yo sabré hacerme digna, se lo juro a usted por lo más sagrado para mí..., por mi hija..., no puede merecer de usted, que es noble por su sangre y por su corazón, otra cosa que el respeto, por lo menos, la compasión que no negaría usted a cualquier mujer más indigna que yo, sólo por ser mujer... Pero si usted cree que lo que he sido es lo único que asegura en la vida lo que he de ser ya siempre, yo acepto lo que usted disponga de mí como una sentencia inapelable. Saldré de esta casa con mi hija..., me iré muy lejos, donde nadie sabrá que llevé nunca el nombre de su padre de ustedes ni los títulos de esta casa... Pero yo sé que su padre de usted no podría olvidarme, que para él sería una gran tristeza verse separado de mí... Los hijos son egoístas... Poco antes mi hija me culpaba también..., y así todos...; unos por sus amores, otros por su ambición, van adonde la vida los llama; se desentienden de los padres cuando más necesitan los padres de su cariño, de sus cuidados..., y luego se sienten ofendidos si los padres buscan en un afecto extraño el cariño que en los hijos les falta... No fuí yo, que poco hice, Dios lo sabe, y menos por intrigas ni engaños, quien se entró en esta casa; fueron ustedes, los hijos, los que me trajeron a ella... Su corazón estaba tan lejos de su padre de ustedes, de esta casa... ¿Por qué ahora les ofende la presencia en ella del cariño extraño? ¿Y por qué dudar de mi gratitud, y por qué humillarme a cada paso con sospechas y desconfianzas, que el mismo temor de sentirlas siempre hasta parece justificarlas?... No desmienta usted su nobleza, Eduardo.. Piense usted que es siempre más noble engañarse alguna vez que desconfiar siempre. Y si algún día... mi conducta justifica esa desconfianza..., sea usted inexorable en la humillación. Le bastará a usted con recordarme que ahora ha sabido usted ser compasivo... Ya lo sabe

usted: Rosaura rescató para mí esas cartas...; para ello no ha dudado en poner su virtud en sospecha... Pero usted no debió dudar nunca.

JAIME

Acaso Rosaura lo deseaba para avalorar su acción generosa.

ESCENA XXI

DICHOS, ROSAURA y VÉLEZ.

ROSAURA

¡Mi pequeño heroísmo!

EMILIA

¡Rosaura!

ROSAURA

(A Jaime.) Y usted fué el único que no dudó de mí...

JAIME

Porque estimaba a usted en cuanto vale..., a pesar de las apariencias...

ROSAURA

(Por Eduardo.) Y de los informes... El en cambio creyó que podía ser verdad... Siempre ha pensado lo mismo de mí...

JAIME

Es que él siente algo más que estimación por usted... La estimación depende de creer o no creer en quien se estima; el amor..., esa es su tragedia..., aunque no crea..., ama...

ROSAURA

¿Qué habla usted de amor? ¿Cree usted que Eduardo está enamorado de mí?... ¿Cree usted?...

JAIME

Yo no sé lo que creo... El está más seguro y podrá decírselo a usted... Yo no soy más que un pobre médico; consultemos al amigo Vélez, que es hombre de mundo y sabe más de esto... ¿Qué cree usted, amigo Vélez?...

VÉLEZ

Para mí el amor no tiene nunca sorpresas, porque en cuestiones de amor no me sorprende nada. Pero, la verdad, nunca creí que dos personas pudieran quererse sin saberlo...

JAIME

Sin querer saberlo, que no es lo mismo...

ROSAURA

Creerá, como yo, que un hombre de inteligencia y de corazón como usted, sólo con pasar a nuestro lado nos hace ser mejores... Sin usted, quizás ese amor se hubiera perdido.

VÉLEZ

Y ahora no me niegue usted lo que yo he sostenido siempre: que las muchachas del día son mejores de lo que parecen.

JAIME

Pero confiese usted que para el que no vea más allá de las apariencias...

VÉLEZ

Eso sí... Se complacen en hacer la virtud sospechosa... Es el mal de estos tiempos, en que todos prefieren parecer inteligentes a parecer buenos..., y hay que desengañarse: por la inteligencia rara vez nos ponemos de acuerdo...; por el corazón... nos entendemos siempre.

EMILIA

Sí, Rosaura, por el corazón... Y ya que la vida ha sido generosa contigo y te permite ser... como tú quieras ser, y tú no sabes lo que es eso en la vida, no disfraces nunca tus sentimientos..., y si eres buena, que nadie tenga nunca que sospechar de tu virtud, que todos tengan que creer...

FIN DE LA COMEDIA

NOTA.—Dada la extensión de esta comedia, a la discreción de las Compañías queda cortar de las escenas lo que mejor les parezca.